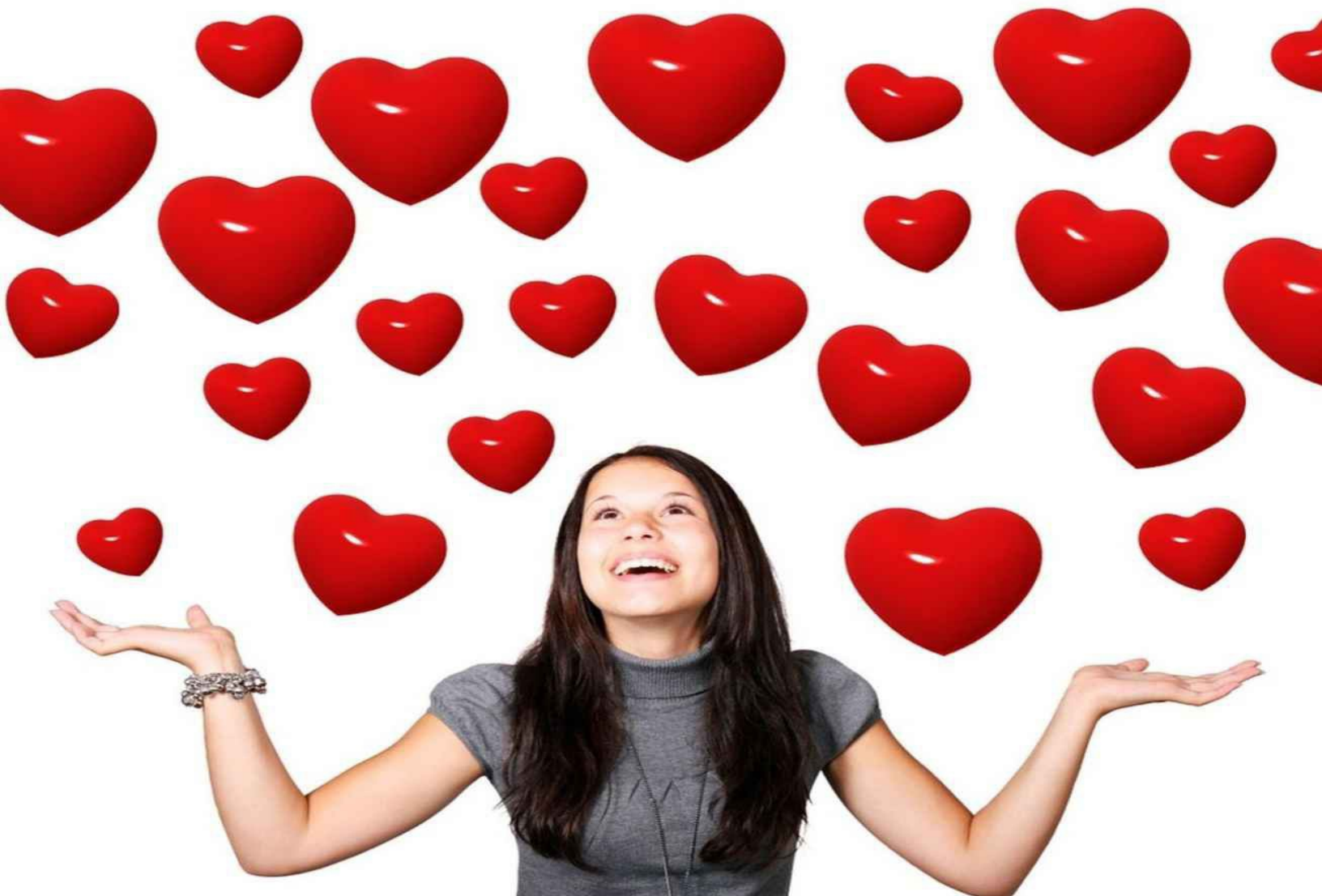


OSCAR R. CAMPOS

EL AMOR PUEDE ESPERAR



EL AMOR PUEDE ESPERAR

Oscar R. Campos

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Oscar R. Campos, 2019.

Edición octubre 2019.

1

En momentos así, Elena se hacía la misma pregunta que en sus treinta y dos años de vida no había dejado de hacerse cuando la ocasión lo merecía. O, como en aquel momento, cuando sencillamente comenzaba a perder la paciencia. Mientras observaba con detenimiento al hombre sentado frente a ella, en su mente retumbó un “*pero qué coño hago yo aquí*” con una fuerza inusual.

—El problema —dijo él, tras beber de su cerveza— es encontrar a mujeres como tú.

—¿Mujeres como yo? —Elena se revolvió en su asiento intentando mantener la calma—. ¿A qué te refieres con eso de *mujeres como yo*?

—Sí, mujeres que no tienen reparos en hacer un trío, que son muy guarras, ya sabes.

Elena bebió lentamente de su caña de cerveza. Era una agradable tarde primaveral de viernes y quería mantener una serenidad acorde al clima reinante, pero empezaba a dudar de su propia paciencia.

Quince minutos antes se había sentado en la mesa de aquella terraza con David, el hombre que, como a la mayoría de los hombres con los que había tenido citas en los últimos meses, había conocido a través de una de las numerosas aplicaciones de contactos que tan de moda estaban por entonces. En apariencia, basándose en sus fotos, la descripción de su perfil y particularmente en la conversación que ambos habían mantenido durante varios días en el *chat* de la aplicación, Elena creía haber encontrado a un hombre que, aunque no era especialmente atractivo, sí era relativamente normal. O eso parecía tras ese primer contacto virtual.

Había llegado a la conclusión de que en aquellos tiempos la normalidad, el respeto mostrado en todo momento y una buena conversación debían prevalecer por encima del atractivo físico y, en definitiva, de la imagen que

cada uno mostraba en sus fotos, algo que habitualmente decantaba una cita a favor o en contra. Sí, sin duda David parecía un hombre normal y con sentido común en aquella confusión de hormonas descarriadas que eran las aplicaciones de contactos. Elena había aceptado sin vacilar cuando él, en lo que parecía un impulso invencible, propuso tomar algo esa misma tarde. Tenía experiencia en esa clase de citas: la expectativa, los nervios previos al encuentro, la tímida conversación tras los saludos de rigor, la primera toma de contacto visual... Y había pasado por muchas experiencias, algunas mejores que otras. Así que Elena llegó al lugar concretado para la cita, una terraza cercana a la calle Toledo, sin demasiados nervios.

David, claramente excitado por la situación y, sin duda, motivado por la belleza de una mujer joven como Elena, la saludó y se sentó frente a ella. Tras pedir sus bebidas, comenzaron una breve conversación banal y, a continuación, él preguntó:

—Dime una cosa: ¿te gusta pasarlo bien?

Ella respondió con un escueto “sí, claro”, sin saber muy bien a qué debía atenerse a continuación.

Elena suspiró y dejó el vaso sobre la mesa. De nuevo, se revolvió en su silla y trató de tranquilizarse. Aquella situación empezaba a encender un rincón muy oscuro en su alma que, por el bien de aquel hombre, no debía dejar aparecer.

—Mira, David —dijo lentamente—, agradezco de verdad tu interés. Aunque no suelo recibir invitaciones para hacer tríos a diario, me parece que va a ser que no. Además, eso de que me llamen guarra porque sí, tan gratuitamente, me toca un poco el coño. No sé si me entiendes —hizo una pausa y respiró—. Además, está el hecho de que hasta ahora no tenía ni idea de lo que me ibas a proponer. Si lo llego a saber, no sé, llámame tonta, cuando estábamos hablando con total normalidad en el *chat*, lo mismo me da por mandarte a tomar por culo y bloquearte y así me ahorro este mal momento. No sé si me explico.

David la miraba en silencio. Su rostro permanecía impassible, aunque una duda parecía rondar por su mirada:

—¿Entonces no quieres hacer un trío?

—No, no, es que... —Elena suspiró desalentada—. Mira, mejor me voy —cogió su bolso y se levantó de la silla—. Gracias por la caña, ha sido un encuentro de lo más interesante. Mucha suerte.

Sin esperar a que David respondiera, empezó a caminar esperando a que él no apareciera repentinamente delante de ella y montara una escena de indignación en plena calle. No sería la primera vez que pasara por algo así de embarazoso. Llegó hasta un paso de peatones, ya en la calle Toledo, y lo cruzó. Al alcanzar la acera volvió la vista atrás. Allí estaba él, degustando su cerveza como si nada hubiera pasado. Al menos, pensó, en aquella ocasión salía indemne de momentos embarazosos y escenas innecesarias.

Mientras caminaba por la calle Toledo hacia la Plaza Mayor, una pregunta cruzó por su mente: ¿qué les pasaba a los hombres? Elena se preguntó qué extraño virus parecía haber derretido el ya de por sí escaso cerebro masculino. Desde su ruptura con su anterior pareja, once meses atrás, Elena había salido con varios de ellos y había podido llegar a una conclusión absolutamente aterradora: los hombres eran idiotas. O simplemente unos perversos. En todo caso, pensó que el hecho de no haber encontrado a uno solo con el que poder iniciar un conato de relación decía mucho a favor de su argumento y muy poco a favor de los intereses masculinos. Sin duda, los hombres y su forma de ligar con las mujeres habían cambiado mucho. Y el cambio, por lo que había conocido, no había sido para mejor.

Llegó hasta Sol y subió por la calle Preciados hasta Callao. Allí miró su reloj y pensó que no merecía la pena volver a la oficina, donde seguramente aún permanecería Carmela tratando de poner orden sobre algunas cuentas o dando forma al último artículo que Elena había escrito para el *blog* de su pequeña empresa de organización de bodas.

Cogió su teléfono móvil y llamó:

—Carmela, soy yo. Cerveza, en el bar de abajo, ahora.

—De verdad —sentenció Elena—, no entiendo a los hombres, ni creo que ellos mismos sepan lo que quieren.

Carmela escuchaba en silencio mientras Elena narraba su última aventura. De poco en poco sorbía de su vaso, esperando a que su amiga terminara de hablar. Era evidente que los últimos acontecimientos habían hecho mella en su ya de por sí deteriorado ánimo.

—Y mientras tanto —continuó Elena—, a nosotras nos confunden aún más. ¿Qué coño quieren de nosotras? ¿Follar? Pues que lo digan, joder, si no pasa nada, pero que digan la verdad desde el principio, que no nos suelten sus mierdas cuando nos han creado ya una ilusión y nos han convencido de haber

encontrado a un tío normal. Y esa es otra: ¿tan difícil es ser normal? En serio, ¿tan difícil es? Porque si no te encuentras con un perverso que te ofrece un trío, es un manipulador que te pide dinero o un embustero o vete tú a saber qué. Así no hay dios que encuentre pareja, coño, así es imposible.

—Pero vamos a ver, cariño —dijo Carmela cuando Elena guardó silencio—, ¿tú para qué quieres una pareja?

—¿Cómo que para qué, Carmela? Qué pregunta más tonta, joder.

—Es que no lo entiendo.

—Pues no sé qué leches tienes que entender.

—Relájate, que aquí estamos para ayudar.

Elena suspiró. De repente se sentía muy mal.

—Lo siento —dijo—, es que estoy muy irascible con todo esto... Al tío éste sólo se le ocurre decirme que quiere hacer un trío cuando nos conocemos en persona. ¿Por qué no me lo dice antes? ¿Por qué no cuando me entró en la *app*? No pido tanto, ¿no? —Y enfatizó—: normalidad, coño, sentido común.

—Claro que no pides tanto, pero a estas alturas ya sabes que no es fácil. Los hombres normales no existen, cariño.

—¿Y Juan? Es de lo más normal y sensato que hay.

—Mi Juan es el rarito de su género. Además, ¿quién te dice a ti que no hay más como él? Improbable, porque mi Juan es un tesoro, pero no imposible. Eso sí, si pueden follar mejor que Juan, mejor que mejor, también te lo digo... En todo caso, no te precipites, si tiene que aparecer lo hará cuando menos te lo esperes.

—Para ti es fácil decirlo. Tú y Juan estáis juntos desde hace años y sois la pareja más asquerosamente ideal que he conocido nunca.

Elena notaba cómo el malestar que sentía se transformaba lentamente en tristeza, o en algo similar a un vacío interior que difícilmente podía ser colmado con las palabras de aliento de su amiga.

—Ay, cariño —dijo Carmela—, qué penita das cuando te pones así. ¿Sabes lo que tú necesitas?

—¿Qué?

—Un buen empotrador.

—No, paso de polvos de una noche. Yo no soy así, ya lo sabes.

—Necesitas que te quiten la tontería, que te den un poquito de alegría, hija, que estás muy tonta —Carmela pasó un brazo por el hombro de su amiga—. Dime una cosa: ¿echas de menos a Jorge?

Elena no respondió.

—Te quiero mucho —continuó Carmela—, y me jodería que echaras de menos a ese cabrón. ¿O no te acuerdas de cómo te sentiste cuando descubriste que Jorge era eso, un cabrón y un cerdo? ¿Y lo que pasaste después?

Después, pensó Elena, pasaron varios meses terribles, los peores de su vida. Quiso morir desde que descubrió la infidelidad de su prometido a un mes de su boda, quiso desaparecer y no ser vista por nadie más. Fueron días de lágrimas, de tristeza y de ilusión totalmente perdida. Y durante ese tiempo sí echó de menos al hombre con el que estuvo a unos días de contraer matrimonio. ¿Y ahora? ¿Añoraba su presencia, su compañía, su amor? ¿Buscaba tal vez eso mismo en otros hombres?

—No, ¿verdad? —Carmela sonrió a su amiga—. No echas de menos a ese hombre. Lo que tú echas de menos es esa sensación, ya sabes: el puto amor.

Elena asintió en silencio.

—No caigas en el error de enamorarte de cualquiera —continuó Carmela—. Ten paciencia, eres una joyita y tarde o temprano el hombre que de verdad te merece te encontrará. No te empeñes tanto en buscarlo, deja que las cosas pasen cuando tengan que pasar.

—Intentaré pensar así. Gracias, cielo.

—Por eso necesitas un buen empotrador que te quite la tontería. Déjate de citas a ciegas con bichos raros y desesperados, que no has tenido un miserable orgasmo en meses, ¿a que no?

—Pues no...

—Pues eso —Carmela guiñó un ojo a su amiga—. ¿La última y nos vamos? Que yo creo que Ruth no aparece hasta el lunes, la muy... —sonó su teléfono—: hablando del diablo, mira quién llama.

—Sé buena con ella.

Carmela asintió con resignación y respondió al teléfono:

—Hola, zorra. En el bar de abajo. ¿Y qué coño haces en la oficina? ¿Todo el día desaparecida y ahora quieres ponerte a trabajar? Baja y te tomas una caña con nosotras, que Elenita está triste porque los tíos no la quieren. Aquí te esperamos, pendón.

—No estoy triste porque los tíos no me quieren, Carmela.

—Era broma, tonta —y pidiendo al camarero que sirviera dos nuevas consumiciones, añadió—: no sé dónde se ha metido Ruth todo el día, pero ya puede dar una buena explicación cuando aparezca.

—No te enfades, seguro que estaba buscando nuevos clientes. Además, ella puso el dinero para la empresa, recuérdalo, así que puede permitirse estas escapadas que hace y seguro que a nosotras —enfaticó Elena con la mirada— no nos importa, ¿verdad que no, jefa?

—No me llames jefa, ya sabes que no me gusta. En serio, Elena, o Ruth se pone las pilas y nos salen clientes o no levantamos cabeza.

En ese mismo instante, una voz aguda y llamativa atrajo la atención de los presentes, que vieron cómo Ruth, tan esplendorosa como solía ser ella, entraba en el local y saludaba a los presentes con su brillante sonrisa.

—Estas son mis chicas —dijo mientras atrapaba a Elena con un exagerado abrazo y lanzaba un dulce pero malicioso beso a Carmela—. ¿Cómo va mi negocio y cómo van mis putitas?

Elena sonrió a su amiga. A pesar de sus impredecibles cambios de humor y su increíble necesidad de atención, reconocía en Ruth a una mujer fuerte y competente. Además, Elena era comprensiva con ella y sabía perdonar esa extraña costumbre de insultar cariñosamente a sus amigas y de creerse la dueña absoluta de la empresa, algo que a Carmela no sentaba especialmente bien.

—La putita número uno —respondió ésta señalando a Elena— ha tenido otra cita de mierda con un desconocido de internet. Y la putita número dos, servidora, está hasta el mismísimo de que la abandonéis en la oficina cuando os salga del mismo. A Elena se lo puedo perdonar, pero a ti... —Carmela resopló—. En fin, dicho esto, añadido: nuestro ruinoso negocio empezará a ir bien cuando me asegures que organizaremos un par de bodas en un brevísimo plazo de tiempo y tú, Elenita, me envías los puñeteros textos del *blog* esta misma noche, o mañana como muy tarde, para tenerlos listos y maquetados sin problemas antes del lunes. ¿Queda claro?

Elena y Ruth observaron durante varios segundos a Carmela cuando terminó de hablar. Ambas la sonreían.

—¿Qué? —exclamó Carmela.

—Eres la mejor —dijo Ruth, con un toque de malicia en su mirada—. Y sí, estoy a punto de asegurarnos una boda de altísimo standing. No puedo decir más, pero promete. Confíad en mí. Y tú, ¿qué? —se dirigió a Elena con gesto contrariado—, ¿cómo te ha ido?

Elena meneó la cabeza.

—No preguntes —respondió—, ha sido traumático.

—¿Qué ha sido esta vez?

—Me han propuesto un trío —resumió Elena sin ánimo de volver a contar su aventura.

—Pobrecita mía, ni folla ni deja follar.

—Mi consejo —dijo Carmela— es que un empotrador puede hacer muy feliz a nuestra amiga en un momento así.

—Totalmente de acuerdo.

—No pienso ponerme a buscar un empotrador —se quejó Elena—, no me apetece. Yo quiero un tío normal, joder, que no es tan difícil.

—Que no es tan difícil, dice... —Ruth se puso seria—: cariño, voy a coger tu perfil de la aplicación esa que utilizas para buscar tíos raros y le voy a dar tal vuelta que no vas a saber por dónde te vienen los pollones.

—Ni se te ocurra.

—Tú piensa lo del empotrador —dijo Carmela—. Nena, que estás en la edad, coño.

—Claro que sí —y Ruth sentenció—: si no te enamora, al menos que te empotre como es debido.

2

Elena llegó caminando hasta la Gran Vía y, dando un tranquilo paseo, hasta la calle Alcalá. Frente al Círculo de Bellas Artes, deseosa de llegar cuanto antes a su casa para darse una ducha y sentarse en el sofá a ver la televisión, decidió coger un taxi.

En un primer momento, el agradable perfil del taxista sólo llamó la atención de Elena unos pocos segundos. Era atractivo, no guapo, aunque no parecía que tuviera un rasgo especialmente atrayente a primera vista: algo más de treinta años, pelo cuidado, barba de dos o tres días, brazos definidos... Uno más entre una multitud de hombres resultones. Elena se sorprendió de que en el equipo de música del coche sonara Pearl Jam. ¿Hacía cuántos años que no escuchaba esa canción? *Betterman*, recordó.

—Perdona —dijo Elena—, ¿podrías subir el volumen de la radio?

—No es la radio —contestó el taxista, sin mirarla—, es una excelente selección propia de rock alternativo de los noventa.

—Ah.

Elena observó el tráfico a través de la ventanilla y, de nuevo, al taxista antes de volver a hablar:

—Entonces, ¿te importaría subir el volumen de tu excelente selección de rock alternativo de los noventa?

El taxista miró por el espejo retrovisor y cruzó su mirada con la de ella, que se fijó en él con más atención. Había algo en esa mirada que resultaba muy familiar para Elena.

De repente, una imagen vino a su mente y cayó en la cuenta de con quién hablaba. Se inclinó sobre su asiento y asomó su cabeza entre los dos asientos delanteros.

—¿Diego? —preguntó.

El taxista se giró en dirección a Elena y un claxon sonó a su derecha.

Enseguida corrigió la trayectoria del vehículo, que había invadido parcialmente un carril adyacente en el ajetreado tráfico de la calle Alcalá. Volvió a mirar de nuevo por el espejo retrovisor.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

—Sí, soy Elena.

Esta lo miraba con una sonrisa perpleja. El rostro del hombre no difería mucho del que había conocido tiempo atrás. Su mirada, aunque no muy despierta, poseía cierto magnetismo y sus ojos tenían una limpieza poco habitual; unos labios bien dibujados resaltaban sobre una mandíbula marcada, lo que conformaba una imagen general que ahora resultaba más que aceptable.

Diego seguía observándola a través del retrovisor. Parecía confundido.

—Vaya, casi no has cambiado —dijo Elena—, aunque al principio me ha costado reconocerte. No estaba segura, pero luego recordé que te encantaba Pearl Jam.

Diego titubeó:

—Sí, me siguen gustando bastante...

—A mí también, claro. Bueno, ¿cómo te va?

—Bien, bien, me va bien. ¿Y a ti?

—Bien, todo genial. Oye, ¿es tuyo el taxi?

—Sí, es mío.

—Genial. Qué cosas, ¿verdad? De la forma más casual nos encontramos en pleno centro de Madrid después de tantos años. Con la de taxis que hay.

—Sí, es increíble.

Ambos se miraron en silencio a través del retrovisor. Rodeados por el ajetreado tráfico de Madrid, una mujer y un hombre se observaban sin saber qué decir. De fondo comenzaba a sonar el *Celebrity skin* de Hole.

—¿Te acuerdas...? —Elena percibió entonces la confusión que transmitía la mirada de Diego. Su tono de voz se tornó más grave y su rostro se endureció —: sabes quién soy, ¿no?

El taxi se detuvo ante un semáforo en rojo. Diego seguía observándola mientras, en el interior de su cabeza, miles de imágenes de rostros femeninos se entrelazaban en un torbellino de recuerdos incompletos.

—Diego —repitió Elena lentamente—, me recuerdas, ¿no?

Su sonrisa ya había desaparecido por completo. No podía creer que aquello estuviera pasando precisamente aquel día, precisamente aquella tarde. La estúpida mirada bovina de Diego parecía confirmar que sí, aquello estaba

pasando. Elena resopló:

—Soy Elena —insistió.

No, aquella revelación no había dado el resultado esperado.

—Diego, Elena —y añadió—: perdí la virginidad contigo.

La tarde seguía cayendo en picado. Y con ella, la consideración propia de Elena se desmoronaba cada vez más. ¿Qué había sucedido? No sólo había tenido que huir de una cita a ciegas que había resultado un estrepitoso fracaso, sino que además el hombre con el que había perdido la virginidad no la recordaba. Y por lo que pudo vislumbrar Elena en la mirada que recibía a través del espejo retrovisor, aún tardaría en recordarla.

—¡No me jodas, Diego! —exclamó. Su tono de voz se había elevado y, por segunda vez aquella tarde, temía perder el control.

Él la miraba en silencio, parpadeando de vez en cuando en busca de inspiración y pendiente a su vez del tráfico.

—Elena —dijo.

—¡Sí, Elena, joder, Elena! Nos acostamos juntos, fuiste mi primera vez. ¿De verdad no me recuerdas? —y repitió, enfatizando cada una de las palabras—: perdí la virginidad contigo.

—Elena...

—¡Deja de repetir mi nombre!

—Perdona. Tengo una pésima memoria, ¿sabes? —Diego bajó el volumen de la música, tratando de crear así el ambiente idóneo para un diálogo más conciliador—, aunque puede que sólo sea memoria selectiva. Es algo que siempre me decía mi ex, se enfadaba mucho conmigo porque no recordaba las cosas, aunque tenía su parte de razón, eso es así. Como cuando...

—Pero, ¿qué coño dices?

Diego no parecía estar en consonancia con los pensamientos de Elena. Ni con su estado de ánimo, que a medida que pasaba el tiempo se removía un poco más.

—No es para tanto —dijo Diego—, hay cosas peores en esta vida que olvidarse de alguien, ¿no? El hambre en África, por ejemplo, o las guerras.

Elena guardó silencio mientras clavaba su mirada en el espejo retrovisor. Prefirió no decir nada, consciente de que cada vez estaba más cerca de perder el control. Respiró y trató de calmarse.

Ignorando por completo la presencia de Diego al volante, se cruzó de

brazos y miró a través de la ventanilla. Ante sus ojos se deslizaban las rejas del Parque del Retiro y, tras varios minutos de incómodo silencio y miradas furtivas a través del retrovisor (¿por qué Diego sonreía?, ¿acaso, se preguntó Elena, le hacía gracia todo aquello?), llegaron al barrio de Moratalaz. Poco después, el taxi se detuvo frente un edificio.

—No, por favor —Diego rechazó el billete con el que ella pretendía pagar—, a este viaje invito yo. Es lo mínimo que puedo hacer después de vacilarte y hacerte pasar un mal rato.

—¿Cómo dices? —preguntó Elena con algo de perplejidad.

—La verdad es que ahora me siento mal, pero me ha parecido tan graciosa la cara que has puesto cuando has visto que no me acordaba de ti que no he podido evitarlo.

Diego sonreía con descaro. Sin duda lo estaba pasando bien.

—Me he pasado un poco —dijo—, lo sé, soy una persona horrible, ¿verdad?

—No puede ser —Elena lo miraba con asombro—. ¿Entonces me recordabas?

—Al principio no, claro, me ha costado, pero ese dato significativo de que perdiste la virginidad conmigo me ha servido de gran ayuda. Fue después de la fiesta de Navidad de tu universidad, ¿verdad? Me encantaban las fiestas que hacíais en tu facultad. Recuerdo muy vagamente un vestido de Papá Noel muy cortito y que estábamos un poco bebidos. ¿Puede ser? —su sonrisa amplia desafiaba la cada vez mayor irritación de Elena—. Venga, que era una broma, no te enfades.

—Pero, tío, ¿tú eres tonto o qué te pasa? ¿Me recuerdas perfectamente y te dedicas a burlarte de mí?

—Ha sido divertido, ¿no te parece? Bueno, quizá ahora no te lo parezca, claro, pero en un rato...

Elena abrió la puerta del coche y bajó tan rápido como pudo. Diego también salió del coche y se apoyó en el techo.

—Elena, lo siento, ha sido una broma tonta, lo admito.

Antes de alcanzar el portal Elena se giró y, con la mirada más desafiante que pudo conseguir, se enfrentó a Diego, que a pesar de su disculpa seguía sonriendo con descaro.

—Ha sido humillante... ¿Tú eres tonto o...? ¿Cómo te atreves a vacilarme y...? —Elena se esforzaba en encontrar las palabras adecuadas—. Es que los

tíos sois gilipollas, de verdad, unos gilipollas y unos inmaduros, ¿qué coño os pensáis...?

Se interrumpió cuando Diego cerró la puerta del coche y se acercó a ella. Caminaba con lentitud. Elena no recordaba que fuera tan alto y aquello la impuso cuando él se detuvo a un par de pasos de distancia. La descarada sonrisa de Diego había desaparecido, y ahora sólo parecía camuflarse sobre su rostro en forma de media sonrisa.

—Lo siento —dijo él con sinceridad—, de verdad. Reconozco que ha sido una broma estúpida, no ha tenido gracia y no he tenido en cuenta tus sentimientos. Ahora sé que te he molestado —hizo una pausa—. Lo siento, te pido disculpas.

Diego la miraba. Elena admitió que aquella media sonrisa mantenía el hechizo de aquel hombre joven que ella conoció.

—Vale, no pasa nada —dijo, devolviendo su sonrisa, más calmada y serena—. Yo también debo pedirte perdón, he tenido una tarde muy extraña, bueno, unos meses muy extraños en realidad, y lo he pagado contigo. Aunque ya te vale.

—Lo sé, ha sido demasiado. Y para formalizar mi disculpa, te invito a todos los viajes que necesites, a cualquier hora del día —extendió hacia Elena una tarjeta en la que aparecían sus datos—, ahí tienes mi número de teléfono. Y como eso que has dicho de “unos meses muy extraños” me ha dejado muy intrigado, también te invito a cenar cuando quieras. Así me lo cuentas, nos ponemos al día sobre nuestras vidas y te compenso por esta broma idiota. Si a tu novio no le importa, claro.

—No le importará —mintió Elena.

—Bien, genial. Llámame cuando quieras. O escíbeme un mensaje y así yo también tengo tu número.

Diego volvió a su taxi y se marchó. Sin duda, pensó Elena, el reencuentro había sido inesperado y peculiar. Se lamentó por su reacción un tanto exagerada, pero decidió restar importancia al asunto. Al fin y al cabo, ¿cuántos años habían pasado? ¿Catorce? Era normal que él no la recordara, no al menos al principio, y ella tenía derecho a molestarse por la absurda tomadura de pelo de Diego. Sin embargo, Elena se alegró de haber tropezado con él. Guardó la tarjeta que le había entregado y pensó que más tarde le escribiría un mensaje para seguir en contacto.

Mientras subía en el ascensor hasta su piso, culpó secretamente a *Pretty*

Woman de todos los males que padecía el género femenino y planeó lo que quedaba de noche: tras una larga ducha, se prepararía algo de cena y tomaría una copa de vino mientras veía *Reservoir Dogs* (o *Pretty Woman*) por enésima vez.

De repente sonó un *bip* en su teléfono móvil: un nuevo mensaje en la *app* de contactos. Lo ignoró e intentó recordar si aún guardaba un paquete de cigarrillos en algún armario de la cocina.

3

—Hija, tú lo que necesitas es un buen hombre que te cuide, que te veo muy perdida últimamente.

Su madre siempre la vería muy perdida, de eso Elena estaba muy segura. Cuando casi un año antes suspendió su boda con Jorge, su madre sufrió un golpe emocional del que la costó salir tanto como a su propia hija, pues ya presumía de ser la flamante suegra de un ingeniero de telecomunicaciones, algo que sin duda debía ser tenido en cuenta. Aquello supuso un cisma en su familia, que Elena sobrellevó como buenamente pudo. Mientras su madre opinaba que *“todo en esta vida tiene arreglo menos la muerte”* y que debía perdonar *“porque eso es lo decente”* (y opinaba igual cuando supo la razón por la que Elena canceló la boda), su padre alegaba que hiciera *“lo que le saliera del coño a la niña”* mientras no se casara con *“el cerdo ese”*. Y como un árbitro en un cuadrilátero, su hermana Teresa actuaba para calmar los ánimos de todos, ya decaídos de por sí, en especial los de Elena.

—Mamá, por Dios, ¿otra vez con lo mismo?

—Deja a la niña en paz, Mercedes —la defendió su padre, tan vehemente como siempre—, que la tienes harta. Sabrá ella lo que necesita.

—Lo vas a saber tú, ¿verdad?, que eres tan listo. La niña tiene que centrarse y punto.

—Sí, mamá, yo me centro, tú tranquila.

—¿Ves? La niña no es tonta y sabe muy bien lo que hace, ¿verdad que sí, cariño? Si se quiere casar como si no, tú la dejas en paz, coño, que si no te metes en la vida de tus hijas no te quedas tranquila.

—Anda, pon la mesa, listo, que ya está casi la comida y Teresa y Pedro están a punto de llegar con los niños.

Elena ayudó a su padre.

—Hija, tú a lo tuyo —dijo éste cuando se habían alejado lo suficiente de su

esposa—. A pasártelo bien, que eres joven. Y no te cases, que tampoco es para tanto. Pero bueno, tú sabrás lo que haces o lo que quieres en la vida, yo no digo nada que al final soy como tu madre. Pero, dime una cosa, hija, ¿tú tienes novio?

—No, papá, no tengo novio.

—Pues haces muy bien. Pero, ¿quieres novio?

—Que no, papá, que estoy muy bien.

Elena se preguntó qué era lo que ella quería. ¿Quería un novio? ¿El amor verdadero, un novio tan formal y atento como Pedro, su cuñado? ¿O un hombre que la hiciera temblar en la cama? Recordó entonces las palabras de Carmela: “*tú lo que necesitas es un buen empotrador*”. ¿Era un empotrador lo que ella necesitaba? ¿Quería de verdad eso, un hombre al que utilizar única y exclusivamente para satisfacer sus placeres más terrenales? Tal vez sí. Tal vez una noche entera de embestidas salvajes lograría equilibrar la balanza de su armonía existencial. Era cierto que desde hacía mucho tiempo no había disfrutado realmente con el sexo. Sí, muchas de sus citas habían terminado en su cama o en una cama ajena, pero no creía haber disfrutado de verdad. De alguna manera, en su pensamiento siempre surgía un nombre, el de Jorge, incluso después de haber superado el duelo emocional que tanto lastimó su corazón. Así, pues, no: aunque se acostó con varios hombres, nunca llegó a disfrutar de verdad. Y se dijo a sí misma, en un tono firme poco acostumbrado, que en realidad merecía eso. Sin duda. Una buena noche de sexo salvaje y brutal con un hombre que la saciara por completo. Un empotrador.

Interrumpió sus pensamientos cuando sonó el timbre de la puerta. Los gritos descontrolados de los gemelos anunciaron la presencia de su hermana Teresa y su entrañable familia.

Tras la comida, mientras su madre ponía el lavavajillas y su padre comenzaba a padecer los primeros síntomas de la siesta, Elena escapó con su hermana, su marido y los niños al parque más cercano.

—Qué suerte tienes de haber encontrado un hombre así —dijo Elena. Teresa sonreía mientras veía cómo Pedro corría con los niños en dirección a un colorido columpio. Los gemelos ya tenían cinco años y eran la viva imagen de su madre. Ambas hermanas se sentaron en un banco y Teresa sacó un paquete de cigarrillos. Ofreció uno a Elena, que lo aceptó.

—¿Tú crees? —preguntó Teresa mientras ofrecía el mechero a su hermana

—. No sé yo...

—Venga ya, Tere. No sabes lo difícil que es encontrar a un tío normal. No perfecto ni medio perfecto. Normal. Y Pedro es adorable.

—Pues para ti mi Pedrito.

—No puedo creer que no veas lo mismo que yo. Todas las mujeres mataríamos por un hombre así.

—Que sí, que era broma. Aunque te lo advierto, Pedro es un coñazo. A ver, es un gran padre, se preocupa por todo, me cuida y todas esas bobadas, pero entre tú y yo: es el peor amante del mundo.

Elena se rio. Adoraba a su hermana mayor y además anhelaba una vida como la suya, la armonía que parecía haber alcanzado junto a Pedro después de tantos años casados. Pudiera ser que no fuese un buen amante, pero sin duda era un gran padre y un hombre que amaba a su esposa.

—Olvida lo que he dicho, me quedo con mi *churri* aunque folle mal — Teresa sonrió a su hermana—. ¿Y tú qué? ¿Levantas cabeza ya o tengo que darte una hostia para que reacciones y empieces a vivir?

—Estoy en ello, Tere, no me echas la bronca.

—Ya sabes lo que opino sobre ese tema. Es tu vida y siempre tendrás mi apoyo, pero si yo estuviera en tu lugar sabría muy bien qué hacer.

—¿Follarme a medio Madrid?

—Follarme a todo Madrid —corrigió Teresa con una sonrisa—. La vida de casada y de madre está bien, no la cambiaría por nada porque además sé que soy una privilegiada con el marido que tengo y mis hijos. Pero te lo juro — bajó la voz—, daría lo que fuera por una noche loca.

—Y no con Pedro precisamente.

—Y no con Pedro precisamente —ambas rieron—. Cariño, ahora te toca disfrutar. Lo de Jorge ya pasó y no debes ir por ahí buscando la felicidad como si dependiera de un hombre u otro. Eso ya aparecerá si tiene que aparecer; y si no aparece, disfruta, que lo tienes todo para ser feliz. Vive la vida que quieres vivir.

—¿Sabes qué me dijo ayer Carmela? Que me buscara un empotrador.

—Cuánto sabe esa chica —se interrumpió cuando uno de los gemelos resbaló y empezó a llorar—: ¡Pedro! ¡Como el niño se haga daño te lo hago yo a ti!

—No sé, no lo tengo claro.

—¿Que no lo tienes claro? No te entiendo, Elena. Vive, sal por ahí para

divertirte, no para encontrar al puñetero príncipe azul; sal cuando a ti te de la gana, con quién tú quieras, que para eso eres libre. Y si quieres buscar el amor verdadero, pues tú misma, pero me jode verte aún suspirando por Jorge o por un tío parecido a Jorge.

—¿Qué tiene de malo buscar el amor verdadero? Además, no suspiro por Jorge.

—Lo haces, Elena, o por lo menos lo has hecho hasta hace poco. ¿Me equivoco?

—No.

—Con lo que tú vales, joder... ¡Pedro, el niño, que se te escapa!

Elena suspiró. Nunca había sido realmente consciente del daño que Jorge había provocado en su vida, no sólo a través de su infidelidad, sino también a través del modo en que había dejado a Elena y el modo en que ésta, más tarde, se había relacionado con su mundo, el mundo que la rodeaba, desde sus amigas hasta su familia y los hombres que había conocido hasta entonces. Se preguntó si de verdad valía tanto como su hermana decía, si merecía la pena.

Teresa pasó un brazo por sus hombros y la atrajo hacia sí. Elena apoyó la cabeza en el cuello de su hermana.

—Dime una cosa, preciosa: ¿sigues en eso de internet?

—¿La aplicación de contactos? Sí, ¿por qué?

—Porque ya va siendo hora de que le saques partido. ¿Qué te dijo Carmela? Que te buscaras a un tío de esos cañeros, ¿no? Pues ya sabes. Lo mismo lo encuentras y te enamoras, ¿te imaginas?

—Con la suerte que tengo, lo encuentro y folla como Pedro.

En ocasiones, los cambios más profundos surgen de manera inmediata, casi imperceptibles durante el proceso pero implacables en su erupción: de repente, algo ha cambiado y ese algo pide paso.

Así, Elena experimentó su propia epifanía bajo la ducha. Eran cerca de las ocho de la tarde. Tras hablar con Carmela por teléfono, que la rogó que se hiciera con una buena botella de vino *“porque a Juan le ha dado ahora por no beber y dice que él no quiere alcohol en su casa, es decir, en mi casa”*, Elena se metió bajo la ducha y pensó con claridad. Quizá se debiera al efecto balsámico del agua sobre su piel, o al reconfortante olor a tomillo del gel, o tal vez a los sabios e insistentes consejos de Teresa y de sus amigas, pero algo en ese momento provocó que en su cerebro se realizaran las conexiones

adecuadas que la llevaron a una rotunda conclusión: “*a la mierda el amor*”.

Carmela y su hermana tenían razón (y no dudaba que Ruth compartiría esa opinión): parecía tonta buscando a un príncipe azul que en ningún caso garantizaría una felicidad plena. Después de tantos años buscando al hombre perfecto no podía decir que hubiera tenido éxito. Siendo benevolente, sabía que sus relaciones más largas habían sido una concatenación de eventos más o menos satisfactorios con hombres que, en realidad, nunca la quisieron. Y tanto esfuerzo, la búsqueda del amor y la consiguiente pelea por mantenerlo vivo, no merecía la pena ni el sufrimiento que, a la postre, acabaría padeciendo.

Sí, podía echar de menos a alguien en las invernales noches de sábado en que deseaba abrazarse a alguien y acurrucarse bajo una manta para ver su película favorita, pero a la larga sabía que aquello no era tan maravilloso. Las relaciones de pareja no eran el estado ideal de la mujer, siempre batallando en una lucha de poder en la que uno siempre pierde, y el otro, vencedor, disfruta de su premio bajo la mirada molesta de su contrincante.

El amor, como el resto de las emociones maravillosas de la vida, debía dejarse en manos de la propia vida, que a la postre decidiría si merecía o no su dulce beneplácito. Entretanto, y aprovechando sus circunstancias como la mujer soltera, independiente y moderadamente atractiva que era, sacaría partido de sus posibilidades y se limitaría a disfrutar.

“*Si no me enamora, al menos que me empotre como es debido*”, pensó, citando a Ruth con una sonrisa dibujada en sus labios.

Sin embargo, aún tenía una cuestión abierta que debía resolver. Tras la fallida cita del día anterior (y todas las demás con hombres que finalmente se delataron tan vulgares como el resto), Elena se cuestionaba muy seriamente si debía continuar o no en la aplicación de contactos. Y aún más improbable, si debía esperar que de ella surgiera el hombre adecuado. Su experiencia en la búsqueda del Hombre Normal había fracasado, y se preguntó si podía esperar un mejor resultado si ahora se enfocaba hacia un objetivo distinto. El razonamiento más elemental la convenció de que un proyecto más básico (el placer sexual) podía ser mucho más alcanzable. Quizá era posible, quizá sólo era cuestión de tiempo que los algoritmos matemáticos hicieran su magia y ante ella, finalmente, surgiera el hombre adecuado. Decidió dar una nueva oportunidad a la *app* de contactos, pero cambiando ciertos detalles.

Desnuda, llegó hasta su habitación y, sentándose sobre la cama, cogió el móvil. Su mente se esforzaba en encontrar las palabras adecuadas, pero la

creatividad no fluía. Entró en la aplicación, accedió a los ajustes de su perfil y leyó la descripción que tiempo atrás había escrito: *“A pesar de todo, sigo creyendo que Pretty Woman es para mí... Busco un hombre tranquilo, equilibrado y con dos dedos de frente, seguro de sí mismo, seguro de lo que quiere, amigo, amante y confidente. Y que le guste la buena música”*.

Tras borrar semejante aberración descriptiva, Elena pensó unos segundos y escribió: *“En busca de El Empotrador”*. No, la creatividad aún no fluía adecuadamente. Un frenético dedo borró a toda prisa y, de nuevo, se paró a pensar. Lo tenía: *“Harta de niños buscando a mamá y hooligans emocionales. Lo que yo necesito es un buen empotrador. Y que le guste la música”*.

Sin ser ideal, Elena se felicitó: la búsqueda del mítico ser había comenzado.

Guardó la descripción y añadió nuevas fotos (alguna más sugerente) con las que dio un nuevo aire a su perfil. El siguiente paso, y quizá el más complicado, era definir las cualidades que debía tener un buen empotrador. Había concluido que, ya que buscaría el placer por el placer, lo haría bien, es decir, no con cualquiera. Sería más exigente y menos permisiva y, por supuesto, elegiría correctamente a los candidatos basándose en un riguroso perfil que ella misma elaboraría. Así, pues, ¿qué debería tener el candidato perfecto?

Mientras sacaba algunas prendas de su armario y hacía una rápida elección, pensó que un elemento indispensable sería la altura. Elena medía en torno a un metro y setenta centímetros, así que forzosamente el candidato debía medir un mínimo de diez o quince centímetros más. Disfrutaba ese momento en el que ella debía ponerse de puntillas para poder pasar los brazos en torno al cuello de su chico... *“Ya está la princesita”*, pensó.

Obviando ese detalle sensiblero, la altura debía ser tenida en cuenta para determinadas posturas sexuales. Elena lo sabía por experiencia propia, así que, sí, la altura era importante. Por supuesto, decidió que el candidato debía cuidarse, aunque no demasiado, vestir bien, ser elegante sin ser presumido, con una barba bien recortada, de dos o tres días, no más...

Se sentía bien. Ahora sólo era cuestión de tiempo que el Macho Alfa definitivo surgiera de las profundidades matemáticas de un algoritmo para empotrarla contra la pared más cercana.

Y el amor, pensó, podía esperar.

Bip.

Mario, treinta y ocho años, un metro y ochenta y cinco centímetros, empresario hostelero. Cuatro fotos: de frente, con traje y corbata en lo que parece una boda; haciendo *running*, pantalón corto y camiseta de tirantes (buenas piernas y brazos poderosos, sin tatuajes visibles); de perfil, aspecto sobrio y reflexivo; en la playa, gafas de sol, bañador y torso de dios griego.

—El universo me da lo que pido...

Elena se sorprendió al descubrir que en tan poco tiempo, apenas un par de horas, su perfil hubiera tenido un éxito tan notable. Sabía que un buen número de los hombres que la pretendían tan sólo querían sexo rápido (se preguntó cuántos de esos hombres se ponían la etiqueta de empotrador sin más criterio que su propia opinión) y, aunque la mayoría de ellos no eran de su gusto o simplemente no cumplían con los estrictos parámetros de su búsqueda, con Mario, sin embargo, tuvo un buen presentimiento. Y admitió sin rubor que no podía desperdiciar la oportunidad de hablar con un hombre con semejante fachada.

Como si él hubiera leído sus pensamientos, en ese mismo instante llegó un mensaje suyo:

Hola, ¿qué tal, Elena? Aún a riesgo de parecer un ignorante, ¿qué es exactamente un empotrador?

Elena sonrió ante la brillante pantalla del teléfono móvil.

Si en el mundo existía un empotrador, si no era un mito o una leyenda urbana, sin duda tenía el rostro, el pelo, los brazos y el torso de ese morenazo llamado Mario.

—¿Y tú me lo preguntas, cacho guapo?

—Esas fotos son falsas, no existen hombres así que caminen por la calle como simples mortales. Simplemente está demasiado bueno.

A pesar de su casi perpetuo noviazgo, Carmela seguía teniendo un gusto exquisito con los hombres y pocos pelos en la lengua, algo que a Juan, su pareja, no parecía molestar.

—¿A que sí? —respondió Elena—. Lo mismo no es el de las fotos, no sería la primera vez que en la cita apareciera un tío que no tiene ni el más mínimo parecido. Pero no sé, parece real. Es majo, escribe bien, se expresa bien, no parece un perverso...

—¿De verdad hay tíos que hacen eso? —preguntó Juan—, ¿ponen fotos en su perfil que no son tuyas?

—Sí, sí que los hay. Que tú te preguntas para qué coño lo hacen, pero bueno.

—Cómo están los hombres... ¿Cuánto tiempo llevas hablando con este?

—Unas dos horas.

En ese momento sonó el timbre.

—Tiempo más que suficiente para lo que tú necesitas —respondió Carmela abandonando la cocina.

—¿Y qué necesito yo? —preguntó Elena, más para sí que para su amiga. Desde la cocina escuchó cómo Carmela abría la puerta principal y, a continuación, la sonora voz de Ruth, que saludó efusivamente a Carmela.

—Sobre todo no hagas caso de estas... —susurró Juan.

Elena le sonrió.

—¿Cómo está mi putita favorita? —exclamó Ruth, dirigiéndose a Elena al aparecer por la puerta. Se dieron un caluroso abrazo.

—¿No era yo tu putita favorita? —preguntó Carmela mientras servía otra copa de vino.

—No, tú eres la putita de Juan —este quiso añadir algo, pero Carmela lo detuvo con un categórico gesto—, desde luego la mía no, me quedo con Elenita que sigue fiel a la soltería. Además —guiñó un ojo y sonrió—, me ha dicho un pajarito que te has reformado y vas en busca y captura de tu propio empotrador.

—Sí. Ya te contaré —respondió Elena.

—Cuenta ahora —dijo Carmela—. Mario, morenazo de libro. Enseña las fotos y que Ruth opine.

Elena extendió su móvil y Ruth revisó detenidamente cada una de las fotos del perfil de Mario.

—Joder, qué bueno está Mario —sentenció—. ¿Ya lo has conocido en persona?

—No, hemos empezado a hablar esta misma tarde. La verdad es que ahora no me veo con ganas de quedar con nadie, sobre todo después de lo de ayer. Pero quizá algún día tome un café con él, supongo.

—Cariño, no puedes dejar escapar a este macho —Ruth analizaba aún las fotos—. ¿Tú has visto qué brazos? Esa mirada que te devora, por favor. Y te vendría tan bien, con lo que tú necesitas un polvazo de los buenos...

—O un empotrador —señaló Carmela.

—Eso he dicho. Escucha a tu amiga, coño, que no escuchas.

—Si me lanzo os lo cuento —respondió Elena conciliadora—, pero ya os aseguro que después de lo de ayer no lo veo claro —y con cierta languidez, añadió—: o mando a la mierda a los tíos o me dedico a tirármelos y listo, que son todos gilipollas. Por cierto, hablando de gilipollas —Elena apartó su languidez a un lado—, ¿os he contado que anoche me encontré con Diego?

—Me asustan vuestras conversaciones —dijo Juan en un pobre intento de hacerse notar.

—Ya te he dicho —respondió Carmela— que aquí sobras esta noche, cariño —y dirigiéndose a Elena—: me suena ese tal Diego. ¿De la facultad?

—No —respondió Elena mientras rellenaba las copas de vino—, fue mi primera vez. El tío con el que perdí la virginidad. Anoche cuando me despedí de vosotras cogí un taxi y resultó que él era el taxista. ¿Sabéis que me vacilé durante todo el viaje? Al llegar a mi casa me dijo que me había reconocido casi al instante, y yo sintiéndome ridícula y pasando un mal rato que no os imagináis. Otro gilipollas. Pero me dio su tarjeta —Elena la dejó sobre una mesa y Carmela la recogió, curiosa— y me invitó a cenar y a todos los viajes

gratis que quisiera para compensarme, así que tal vez me aproveche un poco.

—Olvídate de ese y céntrate en el maromo este —afirmó Ruth, tajante—. Si no te lo tiras tú, me lo tiro yo, ¿entendido?

—Entendido.

—Vas a hacer esto —continuó Ruth—: quedas con Súper Mario y os conocéis en persona. Si no es el de las fotos, te levantas y te olvidas de esas aplicaciones, que te puedo presentar yo a unos cuantos tíos bien interesantes. Que sí es el de las fotos, genial. Habláis un rato, os tomáis algo, te lo llevas a casa y te lo tiras hasta dejarlo seco. Y ya está, ¿ves qué fácil?

Elena asintió.

Desatendiendo momentáneamente al fuego, Juan se giró.

—¿Puedo preguntar dónde queda el romanticismo en todo esto? —dijo—. ¿Es que esas aplicaciones son sólo para encontrar sexo fácil? ¿Es eso a lo que aspiráis hoy en día las mujeres?

—No, cariño —respondió Carmela mientras lo miraba con ternura—, pero tú no lo entiendes. Tú eres el rarito de tu género.

—Estáis muy mal, ¿eh?

Elena se incorporó:

—Dejemos de hablar de mí. ¿Vamos poniendo la mesa?

Eran casi las dos de la mañana cuando Elena se despedía de sus amigos. Decidió volver a su piso dando un tranquilo paseo. Eran unos diez minutos y aprovecharía para respirar el suave aroma de la noche.

Durante la cena, por alguna razón que Elena no sabía descifrar, se sorprendió a sí misma pensando con cariño en Jorge. A continuación, algo alarmada, quiso convencerse de que, en realidad, lo que echaba de menos era todo aquello que veía en Carmela y Juan: la vida en pareja, a veces difícil, a veces entrañable; las discusiones con final feliz; dormir juntos, abrazados, en una noche como aquella. Pero Elena sabía que no podía engañarse.

De un modo sano, envidiaba la relación que Carmela y Juan tenían. Tras varios años que, en palabras de la propia Carmela, rozaban la perfección, mantenían vivo un amor inquebrantable. Aquello que ambos se entregaban mutuamente cada día era lo que Elena creía que existía entre Jorge y ella: amistad, respeto, cariño y, en definitiva, amor. Cuando a menos de un mes de su boda descubrió que él la engañaba con otra mujer, la ilusión desapareció y

todo en lo que ella creía se esfumó. De repente se vio sola, desamparada sin lo que consideraba su escudo ante un mundo repleto de amenazas. Por suerte pudo contar con el apoyo de sus amigas. Carmela y Ruth eran sus pilares fundamentales desde hacía más de diez años, cuando se conocieron en la universidad, y junto a Teresa, su hermana, conformaron su principal sustento durante esos meses de dolor y tristeza.

Quizá por eso, por cómo la vieron hundida, con aquel sentimiento de abandono tan atezado en su interior, insistían en que disfrutara de la vida. Sí, pensó Elena, tenían razón; debía disfrutar, y como había dicho su hermana, dejar que la vida la sorprendiera. Al fin y al cabo, el amor no era tan importante. Pensaba en Jorge y en su vida anterior, era cierto, pero, en realidad, ¿no era aquello algo normal? Sin duda todas las personas pasaban por algo así. La añoranza era perfectamente comprensible en ciertos casos. Sin embargo, sabía que su vida era casi completa y que debía apreciar lo bueno que tenía en ella. Porque tenía amigas a las que adoraba, una buena familia y un trabajo que sabía hacer bien y que la permitía vivir con cierta tranquilidad. No, el amor no era tan importante. Y sabía que podía sustituir la viscosa presencia de la aflicción y la pena con otras cosas que, aun siendo materiales, permitirían un desahogo para su corazón.

Un reconocible sonido apartó a Elena de sus pensamientos: un mensaje de Mario. No parecía que aquella fuera una hora muy prudente para escribir. Mario, leyó Elena, se disculpaba por molestarla tan tarde, y se preguntaba si ella estaría dispuesta a tomar algo al día siguiente:

Sé que es muy precipitado, pero me apetece mucho conocerte en persona, hablar contigo... Me gustas.

Elena sonrió con ternura. Aquel “*me gustas*” sonaba realmente adorable. Tecleó su respuesta con rapidez:

Qué bonito... Pensarás que soy una tonta por ponerme así, pero agradezco mucho las muestras de afecto. Incluso viniendo de un desconocido.

Mario respondió que al día siguiente, si Elena así lo quería, dejarían de ser

desconocidos, y reiteró sus deseos de tener una cita con ella. Su forma de expresarse dejaba entrever una calma y una serenidad propia de los hombres seguros de sí mismos.

Cuando estaba a tan sólo un par de minutos de su casa, se detuvo en seco sobre la acera. Sin saber cómo, su mente parecía haber despertado.

¿Era una locura lo que pasaba por su mente? Sí, objetivamente lo era, una absoluta locura. Si en ese momento Elena hubiera hecho una lista de los actos nada recomendables o completamente irresponsables que una mujer joven, moderadamente atractiva y que, como ella, vivía sola jamás debía hacer, la que estaba a punto de escribir en el teclado de su móvil debía ocupar el puesto número uno de la lista. En negrita, subrayada, con letras de un tamaño extraordinario.

¿Y si te vienes ahora a mi casa?

5

Elena cerró la puerta de su piso, tiró el bolso sobre el sofá y fue a la cocina. Allí abrió un armario, cogió un paquete de cigarrillos y encendió uno. Se apoyó en la encimera y, tras una larga calada, expulsó el humo de su boca y se preguntó, una vez más, qué coño había hecho.

Intentó pensar con claridad. Enumeró cada paso, como si de una pesquisa policial se tratara, y el proceso mental que siguió desde que se despidiera de sus amigas hasta que llegó a la conclusión de que invitar a su piso a un completo desconocido en plena madrugada era la mejor elección. Terminó de enumerar los pasos y, de nuevo, se preguntó qué coño había hecho.

Sí, su respuesta fue un rotundo y firme sí, sin añadidos, cuando Mario, sorprendido, preguntó si ella estaba segura. Pensó qué clase de mensaje estaba mandando (“*¿ven a mi casa, soy una zorra y por eso quiero acostarme contigo aunque no te conozca y aunque en apariencia mis intenciones sean totalmente neutrales?*”), fuese quien fuese Mario, porque no tenía certeza alguna de que Mario fuese realmente Mario. Podía ser un violador, un asesino... Y en el mejor de los casos, si Mario fuese quien realmente decía ser, ¿qué clase de hombre era? Sus fotos podían no ser reales y, sin llegar a padecer una psicopatía que supusiera una amenaza real, ¿y si era otro bicho raro?

“ Si le he conocido hace horas, joder... ”.

Apagó violentamente el cigarrillo y envió un mensaje a Ruth explicando lo que acababa de hacer. Ruth contestó al instante:

Estás muy loca, pero ya que lo has hecho...

Ruth era una mujer decidida, liberal y abierta capaz de hacer cosas así e incluso más temerarias, así que no, pensó Elena, ella no parecía ser la mejor consejera. Escribió a Carmela, que contestó inmediatamente:

Te voy a dar dos hostias cuando te vea. ¿A quién se le ocurre? Dile que ni de coña aparezca por ahí, que llamas a la Policía como se presente en tu casa. Llámame al más mínimo problema.

Carmela, que no era tan aventurera como Ruth, parecía pensar con más sensatez. Sí, podía escribir a Mario diciendo que se olvidara, que se verían al día siguiente en algún lugar público donde a pleno sol su capacidad psicótica se vería claramente reducida, cuando recibió otro mensaje:

¿Estás segura? ¿De verdad quieres que vaya a tu casa? No quiero ponerte en un compromiso, aún puedes decir que no. Me queda una media hora en el local, así que piénsalo con calma. Si cambias de opinión, no me molestaré. Eso sí, insisto en que me gustaría conocerte.

Elena seguía sin estar segura. No quería que un desconocido apareciera en su puerta con un cuchillo entre sus manos y la intención de aprovecharse de su joven y bien definido cuerpo. Aquello era una total y absoluta locura impropia de ella o de cualquier mujer medianamente equilibrada.

¿Por qué no? Para hablar y conocernos... Pero prométeme que no eres un violador o un asesino en serie.

Qué ingeniosa, pensó. “¿Para hablar y conocernos un poco? ¿Y puntos suspensivos después? ¿En serio? ¿Pero qué coño...?”.

Se preguntó qué clase de infección o hechizo provocaba que su cerebro mandara semejantes órdenes adulteradas a sus dedos, que parecían pensar más rápido que la propia Elena. En una hora, tal vez algo menos, Mario (o cualquier otro hombre que se hiciera pasar por Mario) estaría llamando a su puerta. Se sentía confusa y cabreada consigo misma, pero ya lo había hecho. Decidió, en un repentino arranque de valentía, que si eso era lo que quería, lo tendría. ¿No debía correr riesgos así? No, riesgo no era la palabra adecuada. Aventura parecía la palabra correcta. Lo que cualquiera llamaría aventura, pensó para animarse, aunque otros lo definieran como un compromiso innecesario, debía formar parte de su nueva vida.

Intentó tranquilizarse y respiró pausadamente durante unos segundos. Con la mente más fría, se dio una ducha rápida y, ya en su dormitorio, se probó un

ceñido vestido, pero inmediatamente pensó que sería demasiado provocativo. Además, ya había enviado suficientes señales por esa noche, y un vestido así de provocativo, aunque resaltara su esbelta figura, mandaría una señal inequívoca y definitiva. Con el interior de su armario a la vista, optó por una solución más diplomática: unos vaqueros desgastados y un suéter claro. Y una bonita ropa interior. Se miró ante el espejo un par de veces, se giró y dobló la cinturilla del pantalón, lo que realzó un poco más la curva de sus nalgas. En el baño revolvió su cabello y, tras un último vistazo general y un aprobado en mente, volvió a la cocina y encendió otro cigarrillo para hacer más amena la espera.

Trató de relajarse aún más. Se convenció a sí misma de que todo iría bien. Ni Mario sería un violador o un asesino en serie ni al final de la noche, cuando él se marchara tras lo que, sin duda, sería una conversación de lo más amena y asexual, pensaría que había cometido una estupidez por la que debiera arrepentirse. Además, y trató de convencerse de ello, Mario sería Mario, es decir, el morenazo que la observaba con ojos de mala bestia desde sus fotos.

Por un momento valoró muy seriamente hasta qué punto hacer algo como aquello restaba puntos en su escala de corrección moral femenina. Tras unos segundos concluyó que esa escala de corrección moral femenina estaba obsoleta y debía ser ignorada. ¿No era ella una mujer libre y sexualmente madura? ¿No era capaz de asumir con responsabilidad su propio deseo sexual?

Se asomó a la terraza de la cocina mientras apuraba su cigarrillo. No sabía en qué coche aparecería Mario. Ninguno de los pocos que pasaron por su calle se detuvo cerca ni aparcó en alguna de las pocas plazas que había disponibles. Hasta que un Volkswagen Golf de color negro paró frente a su portal. Tras unos segundos se movió de nuevo y aparcó a unos metros de distancia. Cuando el motor del coche se apagó, alguien se apeó del vehículo. Elena trató de reconocer la figura, pero la distancia a la que estaba y la escasa luz de las farolas apenas dejaba vislumbrar unas facciones poco definidas. La sombra cerró el coche y caminó hacia el portal. Entonces, una farola iluminó mejor la escena. El plano picado que Elena tenía desde su posición permitió que reconociera unas facciones que bien podrían ser las de Mario. Al menos su peinado sí parecía el mismo. Mientras la figura se acercaba al portal, Elena se situó ante el espejo de la entrada y revisó su aspecto. Entonces sonó el portero

automático:

—¿Sí?

—Hola, Elena, soy Mario.

Elena pulsó el botón de apertura. En los tres minutos escasos que Mario tardaría en subir pasaron por su mente todo tipo de imágenes horribles de violaciones, asesinatos a sangre fría y torturas variadas.

—Tranquila, joder, que seguro que va todo bien —se dijo, sin estar plenamente convencida de su opinión.

Cuando escuchó que la puerta del ascensor se abría, su corazón dio un brinco. Se acercó sigilosamente y abrió despacio la puerta antes de que sonara el timbre.

Sí, era Mario. Al menos el Mario que aparecía en las fotos de su perfil, porque hasta ese momento Elena no podía asegurar que no se tratara de cualquier otra persona.

—Hola —dijo el supuesto Mario—. ¿Qué tal?

—Hola —respondió Elena con timidez—. Bien, todo bien. ¿Y tú?

—Muy bien.

“ *Hijo de mi vida, cómo estás...* ”.

La realidad que se mostraba ante ella era, en su opinión, millones de veces mejor de lo que había podido imaginar. De un rápido vistazo revisó su vestuario: vaqueros oscuros, camisa blanca y chaqueta azul de entretiempo. A continuación, pasó lista. ¿Uno ochenta y pico de altura? Sí. ¿Voz sensual y penetrante? Sí. ¿Sonrisa arrolladora y mandíbula perfecta? Sí y sí. ¿Torso griego esculpido en gimnasio y tocado con la gracia de las divinidades más generosas? A juzgar por la camisa que se introducía grácilmente bajo su pantalón, sí.

Y ese pantalón prometía.

—Qué locura, ¿verdad? —la voz de Mario la despertó de sus fantasías.

—Sí, un poco... —Ambos se sonrieron durante unos segundos—. Pero pasa, pasa, perdona.

La situación no era ideal para mantener la calma. Obviando los riesgos inherentes a esa situación, la sola presencia de Mario a una distancia tan corta provocaba en Elena un estado de nervios y excitación difícilmente controlables. Haciendo un esfuerzo que para ella era sobrehumano en ese momento, intentó relajarse tanto como pudiera con la única intención de no parecer idiota.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó mientras conducía a Mario hacia el salón—. ¿Una cerveza, un vino, un refresco...?

—Un vino estaría bien. Gracias.

—Un vino, vale. Ponte cómodo.

Mientras servía dos copas en la cocina, Elena pensó que aquel comienzo no era tan malo. No era prometedor, desde luego, pero al fin y al cabo tampoco debía esperar nada. Habían precisado que hablarían y se conocerían, así que sólo debía dejar que la situación fluyera y que pasara lo que tuviera que pasar. Aparentemente, Mario era un hombre normal y corriente que, como mínimo, no la haría daño. Respiró profundamente e intentó relajarse.

“ Y, por Dios, no derrames el vino sobre su camisa ”.

Cuando Elena regresó al salón descubrió que no existía el riesgo de que eso sucediera: la camisa de Mario había desaparecido. Elena la vio colgada en el respaldo de una silla, junto a la chaqueta. Mientras, su propietario, ahora despojado de la prenda, echaba un vistazo a una estantería repleta de libros.

Cuando notó su presencia, Mario se giró:

—Tienes buen gusto para los libros, pero... ¿Paulo Coelho? ¿En serio?

Tras cuestionar breve pero inevitablemente lo que estaba sucediendo, Elena se entretuvo un par de segundos más en admirar el trabajado torso de Mario, que atrapaba su atención de un modo hipnótico.

—Qué..., ¿qué pasa con Paulo Coelho? —balbuceó, sosteniendo las copas milagrosamente entre sus dedos.

—Paulo Coelho es... No sé, cuestión de gustos, supongo.

—A mí me gusta.

Mario sonrió amistosamente.

—No te asustes, por favor —dijo con calma—. Puede parecer raro, lo sé. Llega un tío a tu casa en plena madrugada, le sirves un vino y él no sólo critica tus gustos literarios, sino que, además, te obsequia con esta, digamos, sorpresa.

Elena lo miraba sin saber qué responder. Aquella acción debería haber hecho saltar sus alarmas, pero únicamente sentía asombro y perplejidad ante lo extraño de la situación. Mario pareció leer sus pensamientos. Su tono de voz, cuando habló, había cambiado:

—Mejor me pongo otra vez la camisa, ¿verdad? Era por el calor... En serio.

Elena dejó las copas sobre la mesa mientras mostraba una sonrisa

divertida.

—No pierdes el tiempo, ¿eh? —dijo con una voz más relajada.

—Suenas a excusa ridícula, lo sé —Mario abotonaba su camisa a toda prisa —, pero lo del calor es verdad.

—Si estamos a veinte grados... Si quieres te dejo una camiseta de tirantes.

—No te rías de mí. Ahora me siento estúpido.

Mario mostraba un rostro de arrepentimiento.

—Culpa tuya, machote. Anda, siéntate en el sofá. ¿Fumas?

—No, gracias.

Elena se encendió un cigarrillo y miró a Mario. Había conseguido relajarse un poco más después de la extraña escena con que Mario la había obsequiado. A pesar de las evidentes intenciones que tenía, había sabido recomponerse a tiempo y mostrarse con naturalidad, convirtiendo un acto difícilmente comprensible en una anécdota graciosa.

—Entonces, además de tener un par locales de ocio nocturno, ¿dedicas tu tiempo a desnudarte ante mujeres desconocidas?

—Dicho así suena horrible —respondió Mario—. Lo vi en una serie, *Cómo conocí a vuestra madre*, ¿la conoces?

Elena asintió.

—El plan —continuó Mario— es desnudarse y dejarla a ella sin palabras, aunque no sé qué tiene que pasar después.

—¿Que ella, alucinada y admirada por tu físico espectacular, se arrodillará ante ti y accederá a todos tus deseos carnales?

—Supongo que sí.

—¿Y te ha funcionado alguna vez?

—Eres la primera mujer con la que lo intento, así que me plantearé muy seriamente si debo intentarlo más veces en el futuro.

—Y además te metes con Coelho... Qué cosas tenéis los tíos, de verdad — Elena sonrió y bebió de su copa. Ahora se sentía mucho más relajada—. Lo que no entiendo es que un hombre como tú haga esto. Es decir, no creo que lo necesites, eres muy... En fin, que estás muy bien.

—En realidad es una apuesta —respondió Mario, con resignación—. Mi socio lo hizo y le salió bien la jugada. Me picó, me picó... Y aquí estoy, aguantando estoicamente el momento más embarazoso de mi vida —hizo una pausa, bebió de su copa de vino y continuó—: espero no haberte ofendido. No me lo tengas en cuenta, por favor.

Elena negó con la cabeza.

—Olvidalo —respondió—, ha sido gracioso. Y me tranquiliza saber que, a pesar de esto, eres un tío agradable.

—Gracias. Tú también lo eres.

—Aunque no quiero estar en tu lugar cuando se lo cuentes a tu socio.

Mario meneó la cabeza y soltó un bufido.

—Va a tener una buena razón para reírse de mí durante meses. Aunque puedes ser comprensiva y ayudarme a hacerle creer que funcionó.

—Ni hablar. Has perdido la apuesta, aguanta el chaparrón.

Ambos rieron. Elena se sentía cómoda con ese hombre sentado a su lado, aunque de repente su humor adquirió un matiz más serio.

—Oye —dijo—, esto de que una tía te invite a su casa en plena madrugada, ¿es normal? Es decir, ¿otras mujeres lo hacen?

—Supongo que no es lo habitual, aunque admito que no es la primera vez que me pasa. Pero no es algo malo, ¿no? —Mario intentaba transmitir serenidad con sus palabras—, somos adultos responsables. Y si en algún momento quieres que me marche, sólo tienes que decirlo. Te aseguro que no te causaré ningún problema. Incluso sabiendo como sabemos por qué estoy aquí.

—¿Y por qué estás aquí?

Elena sabía la respuesta a esa pregunta.

—¿No querías que viniera? Pensaba que tu intención era pasar la noche juntos.

Mientras Elena jugueteaba con su copa, un pensamiento cruzó por su mente: se preguntó si de verdad estaba preparada para aquello. Después de Jorge, después de aquellos meses de oscuridad e, incluso, después de varias citas, todavía dudaba.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —continuó Mario. Elena asintió—: ¿has tenido alguna ruptura reciente?

—¿Tanto se me nota? —Elena se revolvió sobre el sofá—. Sí, ¿por qué?

—Entonces es normal que estés confundida. Un consejo bienintencionado: no pienses demasiado las cosas, no pienses en qué estamos haciendo. Sí, me has invitado a tu casa en plena noche, ¿y qué? Sólo vamos a hablar, a conocernos, en eso hemos quedado, ¿verdad? No haremos nada distinto de lo que haríamos mañana en cualquier bar —y añadió—: puedes estar tranquila, para mí no eres una golfa o una pervertida.

—Gracias. Pero me sorprende que hable así el tío que casi se desnuda en

mi salón a los treinta segundos de entrar por la puerta.

—Mierda —se lamentó Mario—, primera y última vez que lo hago —ambos rieron—. Bueno, cuéntame, ¿cómo llevas la ruptura? Si quieres hablar de eso, claro.

Elena bebió de su copa de vino. Durante unos segundos recordó todo lo sucedido con Jorge. El pensamiento fue fugaz, como lejano. Desde el otro lado del sofá, Mario la observaba amistosamente mostrando una sonrisa algo torcida que para Elena resultaba de lo más atractiva.

—No —respondió con calma—, no quiero hablar de eso. ¿Otro vino?

Mario miró su copa casi vacía.

—Gracias.

Elena se levantó del sofá, pero se detuvo antes de salir del salón. Mario seguía con esa sonrisa cautivadora. En ese momento, Elena supo muy bien qué decir.

—Por cierto, cuando vuelva de la cocina no quiere verte sin camisa —hizo una pausa y continuó—: déjame que más tarde disfrute yo con el pequeño placer de quitártela.

Elena acariciaba sus brazos mientras él, sosteniéndola con una fuerza que para ella era poderosa, caminaba por el pasillo. Se besaban con apetito; ambos deseaban saciar un mismo deseo que, por momentos, se delataba salvaje.

—La puerta de la derecha... —susurró ella en su oído. Aprovechó para lamer su cuello y dar suaves mordiscos bajo su oreja.

Mario empujó suavemente la puerta, aún con Elena en sus brazos, y la besó con más ansia. A continuación, la dejó sobre la cama. Se reclinó hasta quedar tumbada en el centro del lecho mientras él se

inclinaba hacia ella. Acercó su rostro y, con la voz más profunda y viril que Elena había escuchado hasta entonces, él dijo:

—Por fin te tengo donde yo quería... —Y la besó de nuevo. Ella acarició su ancha espalda mientras abría sus piernas.

6

A la mañana siguiente, Elena se despertó con un cosquilleo general que recorría su cuerpo casi por completo. Pronto, ese cosquilleo se transformó en un delicioso sufrimiento que empezaba en las piernas, subía por sus nalgas y fluía hasta el vientre. Se sentía dolorida, sí, pero feliz.

Con cuidado de no despertar a Mario, que dormía a su lado soltando ligeros bufidos, se deslizó bajo las sábanas y salió de la cama. En cuanto sus pies tocaron el suelo, sus temblorosas piernas dudaron si debía sostenerla y llevarla con seguridad hasta la cocina, donde encontraría el saludable refugio de un buen café. Cuando logró alcanzar la verticalidad, Elena sonrió con un gemido quejumbroso. La noche había sido muy larga.

A duras penas comenzó a caminar. Pasó junto al armario y de reojo se fijó en unas de las hojas correderas del mueble, que ahora caía hacia el interior partida en dos. Lo había comprado en Ikea varios meses atrás. Era amplio, ideal para su variado vestuario, y de un color blanco que daba un toque de luminosidad a la estancia. Sin embargo, se lamentó, los nórdicos no fabricaban muebles adecuados para ciertos encuentros sexuales. Como resultado de esa terrible negligencia, el mueble había quedado dolorosamente cercenado. Se preguntó de qué manera podría arreglarlo, ya que no parecía sencillo, si es que tenía arreglo.

Aún con placer, Elena rememoró el momento en el que, tras varias brutales y maravillosas embestidas, el crujido y la posterior caída hacia el interior del armario dieron paso a uno de los orgasmos más vibrantes que recordaba en su biografía sexual. Se estremeció al recordar posturas, gestos, firmes agarrones y azotes perfectamente dirigidos, todos ello con la fuerza adecuada, y sintió una agitación particular cuando en su cabeza resonaron algunas de las palabras y expresiones que Mario había utilizado durante la noche. No estaba acostumbrada a ese tipo de sexo, pero no dudaba de que pudiera

acostumbrarse fácilmente.

Sin duda, Elena había encontrado a la mítica criatura que era el empotrador, y se felicitó con la rapidez con que lo había hecho. Ciertamente era que el mérito pertenecía a la buena fortuna, pero se sintió orgullosa de haber arriesgado. Sin el acto heroico (quiso ser benevolente consigo misma) que supuso invitar a un completo desconocido a su casa, no hubiera obtenido semejante recompensa. Se sentía viva, llena de energía y de un extraño sentimiento de plenitud. Quizá, pensó, un indeterminado número de orgasmos tenían la culpa de ello.

Mario tenía su estrategia y, aunque rudimentaria, básica y (recordando la escena de la camisa desaparecida) extrañamente directa, funcionaba. Y no decepcionaba en la cama. La seguridad que supo transmitir antes de que sus cuerpos se frotaran con lujuria durante varias horas se trasladó al momento en que sus cuerpos se frotaron con lujuria durante varias horas y hasta que Elena se quedó dormida entre sus brazos.

Así debía ser un empotrador, se dijo, *“una mala bestia en la cama y un caballero...”*. Le miró antes de salir del dormitorio y enfilar el pasillo en dirección a la cocina. Ciertamente era que había detalles que Mario debía pulir, pero su estrategia de seducción y su ataque indiscriminado eran tan eficaces que Elena no creyó conveniente que tuviera que modificar nada, al menos no con ella.

“Además”, razonó, *“lo quieres para lo que lo quieres, no te lées, coño”*.

En la cocina preparó una cafetera y, con una ardiente taza en la mano, encendió un cigarrillo. No tenía costumbre de fumar tan temprano, especialmente desde que se propusiera dejarlo, pero la ocasión lo merecía.

—Por los muebles rotos —brindó.

A los pocos minutos, Mario apareció por la puerta vestido únicamente con sus ceñidos bóxer.

—Buenos días —saludó—. Oye, siento lo del armario.

—Tranquilo, me quejaré a Ikea. No pueden vender muebles tan poco resistentes.

—Anoche estabas desbocada.

—La culpa es tuya y de esa camisa que desaparece sin más.

Mario se acercó a ella y la besó con pasión. No era un beso de “buenos días, cariño, ¿qué tal has dormido?”. No, Elena lo interpretó como Mario se lo transmitía: “buenos días, guapa, ¿sabes que aún tengo ganas de ti?”

Y así era. Elena consiguió dejar a un lado la taza de café y el cigarrillo antes de que Mario la atrapara de nuevo y la besara con más intensidad. Esta vez, Elena notó la fría textura de los azulejos de la cocina.

—Yo no suelo ser así —dijo Elena—. Quiero decir que lo de anoche no es habitual en mí. No soy de tirarme al primero que pille, aunque parezca mentira.

—Estás en ese momento —respondió Mario sirviéndose un café.

—¿Qué momento?

—Ese momento de desinhibición, de libertad, de soltarse la melena... Lo que hicimos anoche no es malo.

—Lo sé y no me arrepiento, no me malinterpretes. Y sí, supongo que estoy en ese momento. Al menos eso es lo que me recomiendan mis amigas —y enfatizó sus palabras con gestos teatrales—: tíratelos a todos, vive, disfruta, folla...

—Tus amigas son buenas consejeras.

—¿Crees que así me convertiré en un tío? —bromeó Elena—. ¿Un animal sexual sin emociones ni sentimientos?

—Aunque te sorprenda, los hombres también sentimos cosas, ¿sabes? ¿O te crees que los tíos follamos sin más? Existe el sexo sin amor, pero no sin emociones. Las emociones son necesarias siempre, incluso cuando estás en la cama con una mujer a la que conoces desde hace unas pocas horas.

—Qué profundo, tío. ¿Eso del sexo sin emociones es tuyo?

—No, lo leí en un *blog*.

Ambos bebieron de sus tazas y guardaron silencio.

—Cuando quieras te vas, ¿eh?

—¿Puedo ducharme antes?

—¿Y si nos duchamos juntos?

Unos segundos más tarde, ambos peleaban entre besos y ropa perdida en el camino para llegar juntos a la ducha. Ya desnudos, Elena realizó una maniobra que bien podría denominarse acuática y que provocó en Mario una considerable variedad de gemidos.

Una vez sola y aún dolorida, Elena hizo balance. Por un lado, en cuanto al sexo se refería, Mario sabía lo que hacía. Elena no recordaba una noche en la que un hombre la hubiera hecho sentir tan deseada y al mismo tiempo tan respetada. Porque la dureza, que en algunos casos rozó lo extremo, con que

Mario la trató (sintió con cierta malicia un escozor en su nalga derecha), fue compensada con la ternura con la que, de vez en cuando, él se detenía y se preocupaba por si todo iba bien. En una ficticia escala de empotramiento, Mario ocupaba la primera plaza y había marcado un récord difícil de superar.

Por otro lado, Elena se lamentó de algo que ahora sabía obvio: Mario no daba más de sí. Una podía esperar de él la mejor noche de sexo que la humanidad hubiera podido contemplar, pero a la mañana siguiente Mario sería únicamente un hombre como todos los demás. De un modo instintivo Elena fue consciente de esto, y se recordó que su felicidad no podía depender de un hombre, un hombre que la amara, o de un amor que, concluyó, ningún hombre sería capaz de ofrecer. No al menos Mario. Y en todo caso, ¿no era Mario tan sólo un objeto sexual del que obtener placer sin ningún tipo de pretensión romántica? Sí, aquella era la conclusión a la que había llegado. Y felicitándose de nuevo por su buena fortuna, se sirvió otra taza de café.

A pesar del enérgico inicio del día, el domingo resultó ser un compendio de horas que se deslizaron en silencio mientras Elena agonizaba en el sofá con más o menos satisfacción. Apenas tuvo fuerzas para moverse. Cuando se atrevió a salir a dar un paseo a primera hora de la tarde, se lamentó al sentir cómo sus piernas se quejaban por realizar tan escaso esfuerzo.

En la mañana del lunes, sin embargo, el mundo pudo contemplar el apogeo de forma de Elena. A pesar de la dulce agonía del día anterior, su estado de ánimo, lejos de decaer, resurgía con ferocidad. Algo en su interior gritaba que se sentía viva y el responsable de aquella agitación, lo sabía Elena, tenía un nombre.

Mario había conseguido en una noche lo que un número indeterminado de citas no había conseguido: que Elena se relajara. Y el modo en que lo había conseguido seguía provocando en ella una sacudida interior poco común. Sin duda alguna, Mario debía ser considerado una raro ejemplar dentro de su especie, no sólo por la inmensa capacidad que había demostrado al revolucionar un aspecto en la vida de Elena, el sexual, que hasta entonces parecía haber sido declarado en fuga, sino, en particular, por el modo en que había despertado en ella ese aspecto. La naturalidad con que todo sucedió aquella noche, en que Elena pudo disfrutar de una de sus más esplendorosas experiencias, desveló un nuevo mundo ante ella. En ese mundo, el sexo era mucho más que un acto de amor, era un ejercicio físico, una actividad tan instructiva para el cuerpo como estimulante para el alma. Y todo sucedió con calma, sin que Elena se espantara como un pequeño conejito, sin que se asustara por lo que sucedía ni por cómo sucedía. Todas aquellas sensaciones eran buenas, positivas, divertidas y provocaban en ella un placer hasta entonces ignorado. Con sorpresa se reveló ante los despiertos ojos de Elena su propia sexualidad, una sexualidad más libre, más natural y espontánea de la

que no debía avergonzarse, y aprendió que su cuerpo, receptor y a su vez transmisor de tantas emociones, era un territorio aún desconocido que debía explorar con cariño y comprensión. Por momentos se lamentaba de haber comprendido tarde todo aquello y se preguntaba si hasta entonces no había disfrutado realmente del sexo. Quizá sí, pero no con la persona adecuada ni en la forma correcta. Mario adivinó perfectamente el camino que ella debía seguir para alcanzar el verdadero clímax, así que quién mejor para guiarla en ese nuevo camino que un hombre que ya había demostrado sus buenas prácticas sobre el terreno. Por eso, convencida de todo ello, decidió dejarse orientar por ese original ser, confiar en sus habilidades y su experiencia y, en definitiva, adentrarse en un territorio hasta entonces inexplorado.

Mientras el vagón del Metro se deslizaba ruidosamente en dirección a la estación de Tribunal, Elena sacó su móvil del bolso y releyó, una vez más, un mensaje:

Ha sido una noche increíble, gracias por dejarme compartirla contigo. Espero poder repetir algo así. Ahora mismo sólo quiero volver a tenerte desnuda ante mí, poseerte, follarte...

Elena miró a su alrededor. Sus adormilados compañeros de viaje no parecían notar la agitación que aquellas palabras, aun habiendo sido ya leídas en repetidas ocasiones, seguían provocando en su interior. Elena notaba cómo la humedad invadía algunas zonas de su cuerpo. Con cierto rubor, guardó el móvil y deseó volver a estar con él. Mario la excitaba, la provocaba de un modo tan perturbador como brutal. Se preguntaba si aquello era correcto, si debía sentir algo así, algo tan poderoso y excitante, por un hombre que había conocido hacía horas, de un modo tan peculiar y con el que había compartido sólo una noche de sexo.

Mientras Elena subía las escaleras de la estación y empezaba a sentir el aire fresco de la calle, un sonido surgió de su bolso. Era un mensaje de un número de teléfono que no tenía guardado en su agenda. Sin embargo, al verlo, lo reconoció enseguida.

Te echo de menos.

Cuatro palabras que, de repente, apagaron la luz de aquella mañana. Cuatro

palabras después de tanto tiempo, después de todo lo que había sucedido, después del dolor. Elena se preguntó por qué Jorge volvía a su vida precisamente en ese momento. Por supuesto, que reapareciera así era sólo fruto de la casualidad más extraordinaria, pero Elena sintió cómo su ánimo cambiaba, cómo una rabia interna surgía y amenazaba su tranquilidad. De nuevo percibió el miedo de aquello que Jorge entendía que era el amor. Trató de espantar ese miedo mientras caminaba. A su alrededor, decenas de personas pasaban junto a ella ignorantes del torbellino de emociones que en ese momento vivía Elena.

Leyó el mensaje una vez más y lo eliminó. No, se dijo, no permitiría que aquello alterara su nuevo estado, su espíritu renacido y su paz. No, se repitió con energía, no cedería al miedo que provocaba el amor.

Como era habitual, Carmela peleaba ante el ordenador desde primera hora de la mañana. Sorprendentemente, Ruth también estaba allí (no era frecuente que apareciera a esa hora de la mañana), aunque su portátil yacía abandonado sobre el escritorio que compartía con sus compañeras en la minúscula oficina.

—Tranquila —decía Ruth mientras sorbía de su colorida taza de café—, está todo bajo control. Confía en mí.

Carmela levantó la mirada:

—¿Que confíe en ti? ¿Me pides que confíe en ti? —cruzó los brazos y adquirió una pose de madre paciente—. Mira, cariño, o nos sale algo o cerramos, así de claro, porque no somos la única empresa que se dedica a la organización de bodas. No me salen las cuentas, y no me da la gana que tu queridísimo padre siga metiendo dinero en la empresa sólo por satisfacer los caprichos de la niña, que parece que se lo toma todo a broma, porque Elena y yo estamos en esto en serio. Te recuerdo que yo dejé un buen trabajo por lanzarme con vosotras dos a esta locura. Si esto no funciona, yo me voy a la cola del paro y tú vuelves a casita con papi y con mami.

Ruth saboreó de nuevo su café y suspiró.

—En primer lugar —respondió—, ni me tomo todo a broma ni esto para mí es un capricho. Esto es una empresa, nuestra empresa, y para mí es tan importante como lo es para ti o para Elena. Sobre todo teniendo en cuenta que mi padre va a dejar de inyectarme dinero —hizo una pausa—. Al parecer no quiere mantener, y cito textualmente, “*a la niña malcriada y caprichosa que vive del cuento*”.

—Entonces, ¿estamos en bragas?

—Sí, o en tanga, como prefieras. Pero como te digo, lo tengo todo bajo control.

Carmela suspiró, resignada. Ruth se inclinó hacia su compañera mostrando una cálida pero burlona sonrisa:

—Yo también estoy en este barco, no pienso dejaros tiradas. Ya sabes que no puedo vivir sin mis putitas. Y hablando de putitas, mira quién viene por ahí.

Elena mostraba una leve sonrisa al cerrar la puerta de la oficina tras de sí. Había decidido que no hablaría acerca del mensaje de Jorge, no quería que se preocuparan por ella o, peor, que la aconsejaran sobre lo que debía o no hacer. Además, no quería dar importancia a algo que no debía tenerla, al menos no en ese momento. Tal vez en un futuro, si Jorge reaparecía nuevamente con intención de algo, tomaría cartas en el asunto.

—Mira qué carita trae la dulce Elena.

—Buenos días —saludó Elena—. ¿Cómo estáis, pequeñas zorras mías?

—¿Tú también vas a empezar a insultarme? —preguntó Carmela, sin duda sorprendida por el vocabulario de su amiga—. No tenía bastante con una... Se te ve contenta.

—Lo estoy. El mundo, a pesar de todo, es un lugar maravilloso.

—Déjate de chorradas —interrumpió Ruth—. Detalles, queremos detalles, que por teléfono no es lo mismo.

—¿Qué queréis que os diga? Me vino genial hacer lo que hice. Lo admito, teníais razón.

—Por supuesto que teníamos razón —dijo Carmela—, aunque eso de invitar a tu casa a un desconocido...

—Lo sé, lo sé, no me eches la bronca otra vez.

—Detalles, nena, no te desvíes —exigió Ruth.

—No voy a entrar en detalles, sólo os diré lo que ya os he dicho: qué barbaridad, ese Mario sabe lo que se hace.

—Pero, ¿cuántos te echó? —insistió Ruth, impaciente—, ¿dos?, ¿tres? ¿Cómo la tiene? ¿Es grande, tamaño estándar...?

—Qué importará eso.

—¿Cómo que qué importará? Esta chica es tonta, Carmela.

—¿No importa más —se defendió Elena— que vuestra amiga ya ha quedado satisfecha sexualmente para lo que queda de año?

—¿Es que no piensas ver nunca más a Súper Mario? —preguntó Carmela

—. ¿Una noche y ya? No sé, chica, ya que has encontrado a esa bestia parda sería un desperdicio, ¿no crees?

—Claro que voy a volver a verle —aclaró Elena—, de hecho, estoy deseándolo. Es pensar en él y me entran los mil demonios.

—Quién te ha visto y quién te ve.

—Es que ese hombre es un animal, no sabéis cómo estaba ayer, me dolía todo.

—¿Entonces se terminó la búsqueda del príncipe azul? —preguntó Carmela.

—La del príncipe azul y la del empotrador. Ya lo he encontrado, no hay más hombres como Mario —Elena suspiró—. Por cierto, aunque no tiene nada que ver, ¿os conté que me encontré el viernes con Diego?

—Sí —respondió Ruth—, nos lo contaste, te dejaste su tarjeta en casa de Carmela y ella, que es así, le envió un mensaje diciéndole que cuando él quisiera podíais tomaros algo, que tú estarías encantada. Pero no te desvíes del tema, sigue contando.

—¿Que hiciste qué? —Elena miró directamente a Carmela—. Pero, ¿a ti qué te pasa?

—En ese momento me pareció buena idea —respondió Carmela, levantando los hombros—, como te veía así de tonta y no tenías claro lo de Mario...

—Voy a cambiar de amigas pero ya. Llama a Diego y dile que se olvide.

—Qué pena, ¿no? —dijo Ruth con el móvil en la mano—, el chico parecía muy contento de que quisieras tomar algo con él. Tíratelo, tonta.

—¿Tú todo lo solucionas tirándote a los tíos?

—Casi siempre —respondió Carmela—. Pero bueno, ya que has quedado con él esta tarde a las ocho en el bar junto al Metro... —Carmela detuvo la protesta de Elena levantando categórica una mano—. Escucha porque esto es importante: nos quedamos sin inversor.

—¿Cómo? —preguntó Elena alarmada.

—El padre de Ruth dice que hasta aquí hemos llegado y que nos busquemos la vida. Por cierto, Elenita, los artículos, ¿qué? ¿Los escribo yo o se los pido a tu adorado Paulo Coelho?

—Ya te vale con lo de Diego —se quejó Elena, abriendo su portátil—. Te envío los textos ahora mismo. ¿Entonces estamos jodidas?

—No —protestó Ruth—, no lo estamos. ¿Por qué nadie confía en mí?

Dadme un minuto, ahora vuelvo —Ruth se levantó y marcó un número de teléfono—: ¿Beatriz? Hola, soy Ruth, ¿cómo estás?

—Estamos jodidas —murmuró Carmela—. Me veo suplicando para volver a mi anterior trabajo.

—Ten fe. Aunque yo, por si acaso, voy a empezar a mover el currículum por ahí. Y tal vez escriba una novela.

—Mira qué bien. Elenita, la famosa autora de novela romántica.

—Déjate de romanticismo.

Ruth regresó al cabo de varios minutos:

—Como os iba diciendo, debéis confiar en mí. Estaba hablando con una futura novia con la que estoy a punto de cerrar un acuerdo, una parejita joven, guapa y rica: la hija de una amiga de mi madre, la *crème de la crème* del barrio de Salamanca, que dice que ha encontrado el amor verdadero. Naturalmente es un enchufe en toda regla, mi queridísima madre ha convencido a su amiga y ésta a su vez a su hija, lo que nos sitúa en muy buena posición. Pero nos tenemos que ganar a la pareja de enamorados: he concertado una cita para que nos conozcan y concretar detalles de la boda.

—¿Nos quieren conocer a las tres? —preguntó Carmela, que no apartó la vista del ordenador—. ¿Por qué?

—No, me quieren conocer a mí —puntualizó Ruth—. Oficialmente soy la joven y valiente emprendedora que se ha lanzado a la aventura empresarial con pocos recursos y mucha ilusión y quiere abrirse camino en este mundo tan duro... Mami me vende genial, ¿a que sí? Pero, por supuesto, debo contar con un equipo que me apoye en la organización y al que yo dirija, así que, Elenita, tú te vienes conmigo.

—¿Yo? ¿De relaciones públicas?

—¿Y yo qué? —preguntó Carmela con cierta indignación.

—Tú das mala imagen.

—Qué zorra eres a veces, de verdad.

—No te enfades, lo importante es el negocio, ¿no? Traer clientes y todo eso. Ese es mi trabajo, así que déjalo en mis manos. Y sólo necesito a una que me acompañe y así dar más seriedad al asunto. Elena —ordenó—, mañana te pones guapa, ¿eh? Imagen, nena, imagen.

Mientras caminaba hacia el bar donde se había citado con Diego, Elena se preguntó qué beneficios suponía tener amigas que se dedicaban a organizar citas a traición y que, además, asumían que su lamentable vida sentimental necesitaba de esas ayudas. Tras una breve reflexión, admitió dolorosamente que su vida sentimental era tan lamentable que quizá esas contribuciones no vinieran tan mal. Sin embargo, en el futuro debería ser más categórica con Ruth y Carmela.

Elena llegó al bar, pidió un café y se sentó en una mesa a esperar. Sacó de su bolso la libreta que siempre llevaba encima, la abrió y garabateó un par de ideas para un futuro artículo del *blog*. A continuación, las tachó. Recordó cómo hacía años, cuando aún quería ser novelista, las ideas fluían en abundancia. Quizá si en aquella época se lo hubiera propuesto de verdad, ahora sería la reconocida autora de varias novelas, sin duda todas ellas exitosas. ¿Cuándo había dejado de escribir? ¿Cuándo había perdido la motivación? ¿Y el talento, si es que alguna vez lo había tenido? Elena relegó el hábito de la escritura a un segundo plano durante sus años de universidad. Después, animada por Jorge, recordó haber escrito el primer capítulo de una novela, pero pronto abandonó la idea con la excusa de que no tenía tiempo suficiente. Suspirando, cerró la libreta y se resignó. Se animó momentáneamente pensando que aquel no era el lugar adecuado para crear una gran obra literaria, pero se prometió a sí misma que lo intentaría.

—¿Qué escribes?

Diego sonreía ante ella. ¿En qué momento se había sentado allí, con una cerveza en su mano?

—Qué susto me has dado —dijo Elena, sorprendida. Diego no contestó—. Nada, tonterías mías.

—¿Eres escritora?

—Sí y no. Escribo artículos para el *blog* de la empresa que tengo con dos amigas, entre otras cosas, pero no escribo novelas, si quieres preguntar eso.

—Estaría bien que escribieras una novela —bebió de un trago casi media cerveza y continuó—: supongo que lo fácil es decirlo, ¿verdad?

—Sí, lo difícil es hacerlo.

—Pues deberías. Yo escribía cosas hace tiempo, tonterías.

Elena no contestó. Observó la confiada sonrisa de Diego y se ruborizó al instante.

—Perdona de nuevo por lo del otro día —dijo él—, ahora sé que me excedí con la broma.

—Olvidalo —respondió Elena tratando de relajarse.

—Gracias —tras una pausa en la que ambos mantuvieron sus miradas, Diego continuó—: entonces escribes el *blog* de vuestra empresa. ¿De qué es, a qué os dedicáis?

—Organizamos bodas. La idea original era organizar todo tipo de eventos, pero al final nos centramos en bodas.

—Suena interesante, pero debe ser complicado. Me refiero a que debe ser difícil gestionar los caprichos de los novios, todos los preparativos... Sinceramente no tengo ni idea de cómo se organiza una boda.

—Bueno, yo me limito a las tareas puramente organizativas, contactar con proveedores, coordinación, esas cosas. De las relaciones humanas se encarga una de mis socias.

Diego asintió. El camarero sirvió el café que Elena había pedido y se retiró. Un silencio se apoderó del ambiente.

—¿Sabes una cosa? —dijo Diego al fin—. Cuando venía hacía aquí pensaba en lo curiosa que es la vida. Las coincidencias y eso. Sincronía, creo que se llama. Tenías razón: con la de taxis que hay en Madrid, tuviste que subirte al mío... Nunca me había pasado algo así.

—Fue muy curioso, desde luego.

—Cualquiera diría que estamos predestinados.

Elena no respondió. Pensó, mientras removía su taza de café, que las coincidencias eran tan sólo eso, eventos que sucedían en el mismo tiempo y lugar sin una razón aparente o finalidad común. El destino era un camino labrado por uno mismo.

—Bueno —dijo—, sólo fue una casualidad.

—Puede ser, pero no estoy de acuerdo.

—Mira, Diego —continuó Elena—, que hoy tú y yo estemos aquí es culpa de mi amiga Carmela, la que te envió el mensaje, que se cree en el derecho de organizarme citas y...

Diego la interrumpió levantando una mano:

—¿Tu amiga —preguntó— te organiza citas? ¿No sabe que tienes novio?

Elena se revolvió en su silla sin saber qué responder. Ciertamente había sido pillada en una interesante mentira. Cómo salir airosa de aquella situación parecía complicado, así que optó por la solución más noble y digna posible.

—En realidad —respondió vacilante—, te dije una pequeña mentira.

—No tienes novio.

—No tengo novio.

Diego la observó con detenimiento, alargando esa mirada durante unos segundos. Elena, que no sabía qué esperar, se revolvió incómoda en su asiento.

—Tú me vacilaste al hacerme creer que no me recordabas —se defendió—. Ya te vale. Estamos en paz.

Desde el otro lado de la mesa, la penetrante mirada de Diego se combinó con una sonrisa divertida.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Lo siento, no debí mentirte.

—Ni yo vacilarte. ¿Sabes que eres muy guapa? Lo había olvidado.

Elena se inclinó hacia él.

—¿Estás ligando conmigo?

—No necesito ligar contigo. Ya lo hice una vez y me salió bien. ¿Para qué voy a ligar contigo ahora?

—Acabas de decir que soy muy guapa.

—Lo eres.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Que si estás ligando conmigo?

—Sí.

Elena suspiró. A pesar de toda su experiencia, a veces sentía que los hombres eran tan incomprensibles como las mujeres, a las que en todo caso se presuponían enigmáticas e ilógicas. ¿No se suponía que eran ellas las que mandaban señales confusas cuando pretendían ligar con un hombre?

—No te sigo —dijo Elena.

—Estoy ligando contigo, sí, pero no me lo tengas en cuenta, los hombres hacemos estas cosas, tontear con todas las mujeres. Tranquila, sé que tienes novio, así que seré inofensivo.

—Qué idiota eres.

Elena sonrió abiertamente.

—¿Nos tomamos esto y nos vamos? Me gustaría enseñarte un lugar.

—Estoy cansada, Diego.

—No te haré perder mucho tiempo. Y creo que te va a gustar.

9

El taxi circulaba entre el ajetreado tráfico del final de la tarde. Llegaron hasta la Plaza de Castilla y, poco después, alcanzaron una zona que Elena no conocía. Al volante, Diego tarareaba alguna canción que sonaba en la radio y, de vez en cuando, comentaba algo relacionado con la música.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Elena.

—No te lo diré hasta que lleguemos allí, pero puedes estar tranquila, sé que te gustará.

Minutos más tarde, Diego detuvo el coche junto al acceso principal de lo que parecía una urbanización de alto nivel. Tras una verja, Elena vio una garita de control, donde un vigilante aburrido parecía leer el periódico, y más allá, un gran edificio, de unas veinte o veintidós plantas.

—Diego, ¿qué hacemos aquí?

—Quiero enseñarte algo, ya te lo he dicho. No tienes vértigo, ¿no?

Elena no contestó. Miró de nuevo hacia lo alto del edificio. Sí tenía vértigo, y empezaba a temer que Diego quisiera hacer alguna actividad peligrosa. Además, empezaba a anochecer y no las tenía todas consigo.

—No vas a tirarme desde lo alto del edificio, ¿no?

—Vas a ver algo que nunca has visto —sonrió Diego—. Conozco al vigilante, un tío muy majo que nos dejará pasar y subir a la azotea. Ya verás.

Se acercaron a la verja. Diego saludó con la mano hacia la garita y, un par de segundos más tarde, una pequeña puerta emitió un zumbido y se abrió.

—Voy a recoger la llave.

Diego se alejó, cruzó unas palabras con el vigilante y regresó:

—Veinticuatro plantas en la zona más elevada de Madrid —dijo—. Vamos, será la imagen más bonita que guardes de esta puñetera ciudad.

Entraron al edificio por una puerta trasera y cogieron uno de los numerosos ascensores. En la última planta, una gran verja blanca, que Diego abrió con

una de las llaves, daba paso a una escalera vertical que finalizaba en una trampilla. Diego subió en primer lugar, abrió la trampilla y ascendió. Por encima, envuelto en un cuadrado perfecto, Elena vio el cielo azul que empezaba a oscurecerse.

—Sube, te ayudaré.

Elena ascendió lentamente los peldaños. Cuando alcanzó el último, Diego ofreció su mano, que Elena cogió, y se dejó ayudar. Con cierto esfuerzo alcanzó la azotea, que tenía forma de diamante y permitía una vista total de Madrid.

—Mira —Diego señaló hacia el sureste—, ven —cogió su mano y la acercó hacia el borde de la fachada—. Tranquila, confía en mí.

A unos cuatro o cinco metros por debajo de ella, Elena pudo ver una gran terraza iluminada con guirnaldas de luces, delicadamente decorada con muebles de jardín y una pequeña piscina; un poco más allá, tras una pared como último límite, el vacío.

—Joder, qué bien vive esta gente —dijo mientras admiraba la espaciosa terraza.

—No te he traído hasta aquí para que veas lo bien que viven algunos. Levanta la cabeza y mira un poco más allá.

Con un movimiento de su mano, Diego abarcó el lienzo que se dibujaba ante ellos.

—La mejor vista de Madrid —dijo él.

Más allá de la lujosa terraza, los cuatro grandes rascacielos del norte de la ciudad lucían brillantes sobre el horizonte. A la izquierda, miles de luces comenzaban a encenderse y dibujaban una sugerente línea de tejados que inevitablemente atraían la atención de Elena, que a simple vista alcanzaba a divisar los edificios del centro en una extensa panorámica de la ciudad. Sin duda, pensó, la mejor vista de Madrid.

—Es precioso —afirmó.

—Lo es, sobre todo a esta hora en que aún no ha anochecido por completo.

Elena, junto a Diego, observaba la imagen y en silencio agradecía ser testigo excepcional de aquello.

—Si saco el móvil para hacer una foto, ¿rompo el hechizo? —preguntó.

Diego sonrió y la invitó a que lo hiciera. Elena trató de capturar en una sola imagen toda la belleza que se extendía ante ella.

—Es increíble. Gracias por traerme, no me imaginaba que existiera algo

así en Madrid.

—Sabía que te gustaría. ¿Compensa esto mi tomadura de pelo del otro día?

—A medias.

—No seas cruel, tú te has inventado un novio —Diego la sonrió. Tras una pausa, preguntó—: Si ahora mismo te besara, ¿qué pensarías de mí?

Elena lo miró. Si en ese momento él quisiera besarla, ¿qué haría ella? ¿Aceptaría ese beso? Sin duda el momento y el lugar, cargados ambos de romanticismo, eran los adecuados y un beso no sería inapropiado en semejantes circunstancias. Pero instintivamente giró su rostro y dejó de mirar a Diego.

—Lo siento —dijo él.

—Tranquilo, te has dejado llevar, sólo faltan las velas y las copas de vino. Es sólo que ahora yo no estoy en ese momento...

—Claro —Diego carraspeó e hizo una pausa—. Yo tengo novia, no te lo había dicho antes, ¿verdad? No he debido intentarlo contigo, no sé por qué lo he hecho.

—No sabía que tuvieras novia. ¿Lleváis mucho tiempo?

—En realidad no estoy muy seguro de que seamos novios. Es un poco raro lo que tenemos esa chica y yo —ahora Diego miraba hacia el horizonte y adquiriría una pose más reflexiva—. Supongo que podría llamarla novia, porque hacemos las típicas cosas de novios: salir a cenar, alguna escapada de fin de semana, en fin, lo típico. Pero entre nosotros no nos tratamos así, ni siquiera cuando estamos a solas. Y la mayoría de las veces que salimos juntos es con amigos suyos, que son muy modernos, ya sabes, son muy jóvenes...

—¿Qué edad tiene ella?

—Veinticuatro. Ocho años de diferencia, y se nota. La conocí en el taxi y, honestamente, no sé qué estoy haciendo con ella.

Guardaron silencio durante un minuto. Elena observó a Diego y pensó que no era feliz.

—Deberíamos irnos ya —dijo él—, no quiero poner en un compromiso al vigilante.

—Claro, cuando quieras.

Volvieron a la trampilla por la cual ascendieron a la azotea. Diego ofreció su mano para que Elena comenzara a bajar por la escalera vertical. Elena aceptó su ayuda y, cuando su rostro estuvo tan cerca del de él que pudo sentir su aliento sobre ella, Diego la besó.

10

—¿Que te besó? —Ruth, como de costumbre, hablaba tan alto que el taxista se mantenía al tanto de toda la conversación que mantenían ambas en el asiento trasero del vehículo.

Elena levantó los hombros a modo de respuesta. Desde que sucediera, las dudas la habían invadido tanto como la que planteaba Ruth en ese momento. Por qué Diego la besó seguía siendo una incógnita que no supo resolver en ese momento o en los embarazosos minutos que tardaron en ir desde la escena del crimen hasta el piso de Elena, donde él se despidió con un neutral “*supongo que pronto nos veremos, ¿no?*”. Durante el trayecto en el taxi de Diego ninguno pronunció una sola palabra. Tácitamente asumieron, pensaba Elena, que el beso, o la ardiente mirada que se cruzaron a continuación, debía ser ignorada y, a la postre, olvidada.

—Supongo que surgió sin más —respondió Elena—, esas cosas que haces sin pensar. Creo que enseguida se arrepintió.

—¿Y no lo has vuelto a ver?

—No. Tampoco me ha llamado ni me ha escrito un mensaje, y por mi parte no haré nada, no me apetece estar lidiando con algo así en este momento.

—Qué pena, ¿no? Haríais buena pareja.

Elena no respondió. En ese momento estuvo a punto de decir más cosas, hablar del ciclón de emociones que estaba sintiendo, pero decidió guardar silencio.

—¿Todo bien, nena?

Ruth había notado algo en Elena. Quizá fue su modo de desviar la mirada hacia el tráfico que, al otro lado de la ventanilla del taxi, se deslizaba ruidoso por la calle, o quizá el tono en el que había pronunciado sus últimas palabras.

—Tú me escondes algo —inquirió Ruth—. ¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

—Nada, estoy bien.

—Te conozco lo suficiente y sé que pasa algo. Venga, dime.

Elena suspiró. Cogió su móvil, lo desbloqueó y buscó un mensaje. Mostrando la pantalla a Ruth, dijo:

—Estoy bien, de verdad, pero esto...

Necesito verte, hablar contigo. Es importante. Mi vida ha cambiado, yo he cambiado, y ahora sé que me equivoqué y cometí el peor error de mi vida. Sigo amándote... Por favor, llámame.

Ruth miró a Elena y volvió a leer el mensaje.

—¿Jorge? —preguntó— ¿Es un mensaje de Jorge?

—Hace unos días me escribió otro en el que decía que me echaba de menos. Y me ha llamado una vez, pero no se lo cogí... Ya te he dicho que estoy bien —mostró una sonrisa tranquilizadora—, pero lo cierto es que no entiendo a qué viene esto ahora. No le contestaré ni devolveré sus llamadas, te lo prometo.

Ruth cogió la mano de su amiga y la apretó amistosamente. Ella, como Carmela, había vivido junto a Elena aquellos meses de intenso sufrimiento.

—Sabes que mereces mucho más —dijo mientras acariciaba tiernamente la barbilla de Elena.

—Gracias, cielo. Pero olvidemos esto, ¿vale? Ahora tenemos que centrarnos en el trabajo. Oye, si soy tu asistente barra empleada barra esclava, ¿cómo prefieres que te llame, jefa o puta ama?

El taxi avanzaba por la calle Príncipe de Vergara, donde aquella mañana se habían citado con la pareja cuya boda podría inyectar fondos suficientes para permitir la supervivencia de su empresa. Sin embargo, la mente de Elena viajaba de un lugar a otro, de los mensajes de Jorge al beso de Diego, a Mario, a los cambios que se había propuesto introducir en su vida para hacerla mejor.

—¿Sabes qué te vendría a ti bien? —había dicho Ruth en un momento de la conversación—. Ver de nuevo a Súper Mario.

Tal vez Ruth tuviera razón. Tal vez ver a Mario fuese el tratamiento adecuado para ese dolor repentino.

—Tienes razón. Luego le llamaré.

Elena trató de vaciar su mente mientras el taxi se detenía frente a la puerta de un lujoso hotel.

—Imagen, nena, recuérdalo —dijo Ruth. Elena notaba cómo estaba tan nerviosa como ella—, hay que dar buena imagen. Esta boda nos puede salvar el culo.

Accedieron al vestíbulo del hotel. Elena se sorprendió de lo profusamente decorado que estaba, con grandes lámparas en el techo y sobre las mesas y un exceso de adornos florales repartidos por todas partes.

—¿Los conoces? —preguntó Elena—. Porque entre tanta gente ya me dirás tú...

—No personalmente, sólo a través del teléfono —hizo una pausa mirando a su alrededor y continuó—: hemos quedado en el bar del hotel, llegamos pronto. Vamos.

En el bar pidieron dos zumos extremadamente caros y se sentaron en una mesa junto a un gran ventanal mientras esperaban a que los potenciales clientes aparecieran.

Finalmente, con un ligero retraso, una pareja surgió por la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Ella, una joven que no aparentaba superar la treintena, con un bello rostro y una melena castaña cuidada y delicadamente peinada; él, algo mayor que ella, apuesto, elegante y dueño de una mirada orgullosa.

A pesar del evidente encanto del hombre, Elena sintió una fugaz punzada en el estómago cuando lo vio.

—Mierda —dijo.

Mientras agachaba la cabeza y ocultaba el rostro tras unos mechones de su pelo, la punzada en el estómago se transformó en una penetrante náusea. Ruth, sorprendida y claramente sobrepasada por la situación, no sabía qué decir mientras miraba alternativamente a Elena y a la pareja de novios, que se detuvieron en la entrada mientras trataban de averiguar quiénes eran las dos mujeres con las que se habían citado.

—Podemos irnos, Elena —afirmó Ruth, que ya había superado el impacto inicial—, aún no nos han visto y ella no nos conoce. Tal vez no sean ellos...

En ese momento, la joven de bello rostro y melena castaña hizo contacto visual con Ruth, a la que mostró una sonrisa cordial pero inquisitiva. Tras forzar una mueca que pretendía ser indiferente, Ruth vio cómo ella decía algo a su acompañante y las señalaba con un dedo. El hombre abrió los ojos cuando las vio, asombrado ante lo que su mirada le mostraba. A continuación, ambos comenzaron a acercarse, él con un paso más inseguro.

—Que vienen —dijo Ruth. Elena se giró sobre el asiento fingiendo buscar algo en su bolso, que se apoyaba sobre el respaldo de la silla.

—Ruth, ¿verdad?

La aludida optó por la neutralidad y la naturalidad cuando la joven de bello rostro se dirigió a ella y rogó que aquella situación terminara de un modo rápido y violento, como, por ejemplo, una explosión de gas o un coche que por accidente atravesara las grandes cristaleras, algo que necesariamente desviaría la atención y daría por concluida la reunión entre clientes y empresarias.

—Sí... Sí, hola... —titubeó Ruth.

—¿Cómo estás, cariño? Soy Beatriz, pero llámame Bea, y éste es Jorge, mi prometido. Tu madre me ha dicho ya que eres una gran organizadora de bodas y que tienes experiencia de sobra, así que me dije: adelante, vamos a conocerla antes de que sea tarde —rio con inocencia y atrapó con dos besos a la atónita Ruth.

—Encantada, Beatriz, Bea —logró hablar.

Elena se giró despacio sobre su asiento y mostró una sonrisa cuya procedencia desconocía. Las náuseas seguían ahí, pero sabía que lo inevitable debía enfrentarse con valentía y, si era posible, con un mínimo de dignidad.

Al verla, a pesar del descompuesto rostro que su amiga mostraba, Ruth la presentó:

—Ella es...

—Elena, su ayudante, encantada.

En ese momento cruzó su mirada con la de Jorge, su ex prometido, que la miraba atónito, blanco, con un toque de angustia en esa mirada que antes lucía orgullosa.

—Encantada, amor —la saludó Beatriz, sentándose frente a ellas—. Jorge, siéntate aquí, cariño.

Jorge obedeció y se sentó junto a su prometida. Sin pronunciar palabra, levantó la mirada con disimulo por encima de las cabezas de Ruth y Elena hacia un punto indeterminado.

Ruth, aún inquieta por la situación, titubeó de nuevo al hablar:

—Bueno, parejita, ¿es ésta vuestra primera boda?

11

Mientras esperaba a que la cafetera se llenara, Elena encendió un cigarrillo, aspiró con fuerza y expulsó el humo que, denso, flotó sobre su cabeza. Observó cómo se difuminaba lentamente en volutas que dibujaban distintas formas. Así se sentía ella, tan volátil como el humo, tan inconsistente que temía desaparecer en cualquier momento. Reflexionó sobre lo que había ocurrido horas antes y recordó el modo en que su mirada se cruzó con la de Jorge durante un par de segundos, suficiente tiempo para decir muchas cosas sin hablar, temerosa en todo momento de dejarse llevar por la ira. Porque, aunque en su momento, cuando él se delató como un infiel egoísta y cínico, Elena tuvo oportunidad de gritar y llorar, nunca sintió que había dicho lo que realmente quería decir a ese hombre. Recordó insultos, frases gritadas desde el interior, doloridas y maltratadas por la humillación, y el rostro de Jorge que la miraba sin decir nada, admitiendo en silencio su culpa y dejando que cayera la tormenta sobre él. Pero Elena sentía que no había dicho la última palabra, aquella que definitivamente cerraría su herida aún abierta.

Porque así era, por eso se sentía tan desamparada: su corazón aún sangraba y ella no había sido consciente de eso hasta que volvió a ver al culpable. Ni los mensajes pudieron abrir la cicatriz, que sólo volvió a manar cuando vio al hombre que más había amado junto a otra mujer. ¿Significaba aquello que aún estaba enamorada, que aún quería a Jorge?

La cafetera silbó. Elena apagó el fuego y sirvió los cafés, que llevó sobre una bandeja hacia el salón. Allí, Ruth contaba a Carmela los detalles del encuentro. Cuando la vieron aparecer, Ruth guardó silencio de inmediato.

—Puedes seguir hablando —dijo Elena secamente—, yo estaba allí, sé lo que pasó.

—Cariño —Carmela quiso atraerla hacia ella y abrazarla, pero Elena se resistió. Se alzó con dignidad y respiró profundamente.

—A ver, que ya está —dijo—, que tampoco es tan grave. ¿Qué ha pasado, que de repente Jorge vuelve a mi vida antes de descubrir que está a punto de casarse con otra? ¿Que me dice que me quiere y todas esas tonterías después de engañarme a un mes de nuestra boda y ahora está a punto de casarse con otra? Pues que se case con otra, joder, que bastante guerra me dio a mí.

Se sentó en el sofá y se sirvió una cucharada de azúcar en su taza de café. Ruth y Carmela se miraron y durante un instante el silencio se hizo dueño de la estancia.

—Entonces —dijo Carmela con una voz extrañamente comedida—, ¿no quieres hablar del asunto?

—¿Qué asunto? —respondió Elena agitando con virulencia la cucharilla en la taza—. ¿Qué puto asunto?

—Cariño, respira —Ruth la sonreía esperando que aquella sugerencia no despertara un volcán dormido.

—Ya respiro, joder, ¿no ves que estoy respirando?

La cucharilla comenzaba a girar a mayor velocidad en la taza que Elena sostenía en una mano. Carmela resopló mientras la obligaba a parar.

—A ver, Elena —dijo—, que aquí estamos para colaborar... Si quieres desahogarte, adelante, para eso nos tienes y para eso hemos venido. Que prefieres no hablar y comértelo tú solita, perfecto, pero no te olvides que nosotras estaremos aquí cuando nos necesites.

Elena resopló. Trató de calmarse pensando que nadie tenía culpa de que aquello estuviera pasando.

—Lo siento —respondió. Carmela acarició su cabello—, no quería ponerme así. Es que... No sé qué he sentido al ver a Jorge de nuevo y no sé lo que siento ahora. Estoy muy confundida.

—Es natural, cielo —la consoló Ruth, que añadió—: también es casualidad... ¿Quién iba a imaginar que fueran ellos precisamente?

—Tú no podías saberlo —respondió Elena—. Además, esto es trabajo, ¿no? Quieren que organicemos su boda y nos van a pagar por ello, así que hay que seguir adelante.

—¿De verdad quieres que sigamos adelante? —Carmela la miraba con algo de incredulidad—. Elena, seguro que encontramos otros clientes...

—Tú llevas las cuentas —respondió Elena—, así que dime: ¿esta boda nos salvaría el culo?

—Como mínimo, nos dejará un buen colchón sobre el que trabajar

cómodamente —y sugirió—: siempre podemos inflar un poquito el presupuesto.

—Pues ya está —Elena se mostró enérgica al hablar—, no hay nada más que discutir. Tú engordas el presupuesto un par de miles de euros, apáñatelas como puedas; y tú, Ruth, les convences como sea si discuten ese presupuesto. Y mientras tanto, les organizamos la boda perfecta, que la jodida niña quiere un bodorrio de cuento de hadas. Si ese cabrón quiere casarse con otra, yo no lo voy a evitar. Y a partir de ahora —sentenció—, ni una palabra más sobre el asunto. ¿Entendido?

Carmela y Ruth asintieron. Y en silencio bebieron de sus cafés.

Un par de horas más tarde, cuando se quedó a solas, Elena respiró profundamente. Sentada sobre su cama, dejó que de sus ojos surgieran las lágrimas que hasta entonces había reprimido. Lloró en silencio, con calma, notando cómo sus mejillas se humedecían mientras recordaba el rostro de Jorge, que apenas la miró un par de veces de reojo desde que sentara junto a su prometida. ¿Tanto desprecio merecía?

Mientras Beatriz contaba a Ruth cómo debía ser la boda de sus sueños, Elena se concentró en anotar mecánicamente cada palabra, cada petición de la novia. De vez en cuando notaba la mirada de Jorge, que pasaba junto a ella sigilosa. Pasados los minutos, escuchó cómo Ruth prometía que todo iría muy bien y que la boda sería perfecta. Entonces se levantaron, Elena con el gesto de la que no tiene nada que aportar a una conversación, saludó cortésmente a la novia con una sonrisa y trató de evitar la mirada de Jorge, que rápidamente se levantó de su silla para escapar él también de aquella situación.

Elena apretó los puños y las sábanas de la cama se arrugaron entre sus dedos. Se sentía humillada, avergonzada y dolida, y tenía una sensación de pérdida arraigada en su interior. Pero aquello debía acabar, se dijo. Secó torpemente sus lágrimas y fue al baño. Allí se mojó la cara con agua fría y, ante el espejo, se dijo que ya era suficiente. Volvió a su dormitorio y, mientras llamaba a Mario, pensó que Cupido era un canalla retorcido que merecía morir.

12

—Este edificio es un palacete con casi doscientos años de historia — Mario elevaba la voz para hacerse oír por encima de la música mientras guiaba a Elena por el interior de su local—. No preguntes por el alquiler, es razonablemente absurdo. Pero, ¿no es impresionante? Mira la altura de los techos, los ornamentos...

Elena elevó la mirada y admiró la fina decoración y la amplitud de las salas. Mario la guio por cada rincón de su local mientras se deslizaban entre los clientes, cada vez más numerosos.

—Ven —Mario la cogió de la mano—, arriba estaremos más tranquilos.

Subieron por una escalera hasta la planta superior y alcanzaron una amplia terraza a cielo abierto con distintos ambientes. Una barra ocupaba el centro del espacio; alrededor se distribuían sofás, sillas y mesas de distintas alturas con una iluminación minimalista. De fondo, una música más relajada amenizaba el lugar y permitía mantener una conversación.

Mario llamó la atención de un camarero y Elena pidió un *gin tonic*.

—¿Nos lo acercas a aquella mesa? —pidió Mario.

Una vez aposentados, una auténtica belleza nórdica se acercó a ellos. De reojo miró a Elena y esta, a su vez, hizo un completo escrutinio de la joven rubia.

—Sí, Lara, dime —Mario hizo un gesto para que la mujer se acercara.

—Es Lucas —dijo la rubia con la voz más erótica que Elena podía recordar—. Te está buscando, dice que no respondes al móvil.

—Gracias, cielo, enseguida bajo.

Mientras la rubia se alejaba con paso firme, Elena sintió un incomprensible y olvidado recelo por el apelativo cariñoso con el que Mario la había obsequiado.

—Lucas es mi socio, luego te lo presentaré —dijo. Y tras observar unos

segundos a Elena, añadió—: y Lara es una de las relaciones públicas del local. Es una gran trabajadora —y mostró una ladina sonrisa.

—Me parece genial que te lleves tan bien con tus empleados —respondió secamente Elena.

—Me adoran.

—Y ellos a ti. Sobre todo, ciertas empleadas, ¿verdad?

—No puede ser que sientas celos de Lara.

—¿De esa? —Elena hizo un gesto que pretendía mostrar una absoluta indiferencia—. ¿Por qué?

—¿Porque es preciosa, encantadora y, además, por si eso no fuese suficiente, tiene el culo más bonito que jamás han contemplado tus ojos?

Era cierto, Elena se había fijado: un culo impecable. Pero no quiso admitirlo, así que decidió mostrarse indiferente ante la pregunta de Mario.

—No seas tonta —dijo éste—, ya sabes que prefiero tu culo —y mientras se levantaba, añadió —: ahora, si me disculpas, te dejo un momento a solas, voy a ver qué quiere este Lucas mío. Pide lo que quieras, corre a cuenta de la casa.

Tras regalar un delicado beso en su mejilla, Elena observó cómo Mario se alejaba. Antes de alcanzar la escalera se detuvo a saludar a un grupo de clientes y, tras una breve charla, se despidió y desapareció en el interior del edificio.

¿Qué era aquello que sentía, aquella emoción? Sí, los celos momentáneos que sintió hacia la belleza nórdica habían hecho resurgir la parte más egoísta de Elena. Pero no era sólo eso, había algo más, algo mucho más complejo e intrincado que los simples celos. Sin duda, volver a ver a Jorge había hecho florecer en ella una emoción incontrolable: el amor. Pero el amor que sintió hacia Jorge había desaparecido tiempo atrás. ¿O no era así? ¿No había concluido que Cupido merecía sufrir la peor tortura antes de morir entre dolorosos estertores? ¿Entonces, si no era el amor, de qué se trataba?

Elena recordó el momento en que descubrió la infidelidad de su hasta entonces prometido. Fue casual, como suele ocurrir en estas ocasiones, que Jorge olvidara bloquear su teléfono móvil. Llegó un mensaje y Elena no pudo evitar curiosear. Y lo que leyó en ese mensaje, aquellas pocas palabras, dio inicio al dolor. Tras ese dolor llegó la ira, la tristeza, la rabia y la soledad. Pero, sobre todo, por encima de todo aquello, llegó la sensación de saberse apartada, de no ser merecedora del verdadero amor y del respeto inherente.

Ver a Jorge con otra mujer, como entonces once meses atrás lo imaginó con su amante, fue suficiente para romper en mil pedazos la ya de por sí inestable confianza que Elena sentía en sí misma.

—¿Mal de amores? —Mario se sentó de nuevo a su lado. Mostraba esa encantadora sonrisa que embelesaba a Elena.

—No, claro que no —respondió ésta con un acento que pretendía glacial.

—Lo parecía. Tenías la mirada perdida. ¿Estás bien? Esta tarde, cuando me has llamado, he notado en tu voz cierta urgencia. Como si te hubiera pasado algo. ¿Necesitas hablar?

Por supuesto que necesitaba hablar, desahogarse con alguien que simplemente escuchara y no diera su opinión; sólo que la dejaran hablar. Decidió contar a Mario lo que había sucedido con la esperanza de que todo se desvaneciera mágicamente. Se lo resumió mientras éste escuchaba con atención.

—Digamos que ha sido algo muy inesperado —concluyó Elena—. No puedo mentirme, claro que me ha dolido ver al tío que más he querido en mi vida junto a otra mujer, a punto de casarse con otra mujer.

—Cuya boda organizarás —apuntilló Mario, aunque pronto se arrepintió de sus palabras—: lo siento.

—Tranquilo. Yo me mantendré al margen, Ruth y Carmela lo llevarán casi todo. En fin, que estoy así, un poco, no sé, ¿rara? Por eso mi tono de voz. Quizá sólo quería despejarme y verte.

Mario acarició su mejilla, que Elena notó húmeda. Sin darse cuenta había comenzado a llorar.

—Elena —dijo Mario con una voz cálida y confortable—, eres una mujer muy valiosa. Entiendo que algo así te haga tambalear, pero déjame decirte que los hombres somos unos cobardes que, en realidad, no merecemos ni una sola de vuestras lágrimas. No es justo que sufras por un cabrón que te engañó y te hizo sentir tan miserable. En algún lugar está el hombre perfecto para ti, tarde o temprano aparecerá.

Mientras hablaba, Elena escuchaba con atención tratando de contener sus lágrimas, sintiendo cada una de las palabras, evitando sentir tanto malestar. Sí, en algún lugar existía el amor de su vida, o eso quería creer. Pero dónde estaba seguía siendo un enigma.

Sin pensarlo, besó a Mario. Quiso que fuera un beso lento, calmado. Él la apartó consideradamente y miró sus ojos aún húmedos.

—No, Elena —dijo.

Ella, confundida, se separó unos centímetros y trató de recomponerse.

—Lo siento —dijo Mario—. Pensaba que no querías tener pareja, que sólo querías divertirme... Además, ¿de verdad quieres hacer esto? ¿Soy yo lo que tú deseas en realidad?

—Perdóname, no sé a qué ha venido ese beso —dijo.

—Ahora mismo estás débil, emocionalmente débil y vulnerable, entiendo perfectamente lo que has hecho y esa necesidad de sentirte querida. Pero no te equivoques: el amor tiene muchas formas. Tus amigas te dan amor, y tu familia y un hombre que sólo se acuesta contigo... El amor romántico, el que esperamos de una persona en particular, está ahí. Cuando llegue sólo es cuestión de tiempo, pero no te conformes con cualquiera. No todo el mundo es capaz de amar.

Mario la abrazó. Elena sintió que de nuevo las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Venga, te llevaré a casa.

Según la creencia popular, segregar lágrimas ejerce una función analgésica y curativa que, en general, tranquiliza el espíritu y, en contadas ocasiones, lo eleva. Sin embargo, y aunque ya no lloraba, Elena miraba distraída a través de la ventanilla del coche sin un ápice de espíritu, fuese elevado o no.

—Hace unos meses me dejé mi ex —contaba Mario mientras conducía—. ¿Sabes por qué? Porque me quería demasiado, eso me dijo. Al principio no lo entendí, por supuesto. Ella me decía que me quería tanto que quería mi felicidad por encima incluso de la suya, pero que no estaba enamorada y no podía continuar con una relación que la hiciera infeliz. Por supuesto a mí eso me daba igual, yo sí estaba enamorado y quería continuar. Entonces no sabía que algunas relaciones no funcionan, por mucho que uno o los dos se esfuercen. Y en ocasiones, uno de los dos falla, porque en realidad no sabe lo que quiere.

—Jorge me puso los cuernos —dijo Elena con cierta sequedad—, él se cargó lo que teníamos. Y sabía muy bien lo que hacía y lo que quería.

—Me refiero a que, si algo se ha roto, lo puedes arreglar, pero nunca estará igual que antes.

—Yo no quiero estar como antes.

—Entonces, ¿por qué lloras? ¿Por haberlo perdido, por estar con otra

mujer...?

—Creo que me he sentido rechazada. Abandonada, no sé —Elena suspiró —: te agradezco tu esfuerzo, Mario, de verdad, pero no quiero hablar más de eso —y tras una pausa, añadió—: ¿te apetece subir a casa?

Mario detuvo el coche en doble fila. Cuando Elena bajó del vehículo vio de reojo una figura que parecía moverse entre las sombras, cerca del portal de su vivienda.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó Mario—. Con la confusión que tienes...

—Aparca y sube, anda —dijo—. Prometo no enamorarme de ti.

Mario la sonrió con ternura. Cuando Elena se giró para abrir la puerta del portal vio cómo la figura emergía de la oscuridad. Elena sintió cómo su cuerpo se paralizaba cuando vio con claridad el rostro de Jorge.

13

Creyendo que si no se movía él no la vería, Elena permaneció inmóvil. Notaba cómo sus músculos tensos pugnaban por alcanzar cierto movimiento, cómo su garganta se cerraba e impedía el paso natural del aire de la noche y cómo su voz, en un pobre intento por florecer, se transformaba en un sonido gutural que duró apenas un segundo. Jorge, sin embargo, se mantenía firme ante ella. Sí, la había visto y permanecía allí, atento a una señal que diera comienzo a la conversación que esperaba mantener.

—¿Es tu novio? —preguntó tras una pausa dramática.

—¿Qué? —respondió Elena con un hilo de voz.

—Tu novio, ese del coche negro... ¿Es tu novio?

Elena era incapaz de responder. Escuchó cómo el motor del Volkswagen Golf se apagaba y, a continuación, el ruido de una puerta que se cerraba. Enseguida, los pasos de Mario que se dirigían hacia ella.

—Elena —continuó Jorge obviando su propia pregunta—, ¿podemos hablar? Necesito hablar contigo.

—Jorge...

—¿Va todo bien? —Mario se situó junto a Elena y posó una mano en su espalda. Tras mirar a Jorge durante un par de segundos, preguntó—: ¿tú quién eres?

Jorge no respondió de inmediato. Ignorándolo, mantuvo la fría mirada de Mario durante un par de segundos antes de hacerla regresar a Elena:

—Por favor, necesito hablar contigo —y tras otra pausa que se acercaba a lo teatral, sentenció—: he roto mi compromiso con Bea.

Elena soltó un gemido que podía interpretarse de distintas maneras. Bien podría considerarse un suspiro de amor, como si de una princesa presta al rescate se tratara, bien un sonido ronco que podría traducirse como un insulto o una maldición, bien como un simple eructo. Sea como fuere, no dijo nada

más.

—Elena... —suplicó Jorge—. Contesta, por favor.

Elena no reaccionaba. Seguía mirando a Jorge como si de un dinosaurio se tratara, con el mismo estremecimiento, mientras Mario miraba alternativamente a uno y a otro intentando comprender. Hasta que comprendió.

—¿Este es Jorge? —preguntó—. ¿El capullo de tu ex?

El aludido lo miró con la intención inequívoca de responder a tamaña injuria, pero apenas tuvo tiempo de esbozar una queja antes de sentir el duro puño de Mario hundiéndose con fuerza en su nariz.

—¿Tú crees que me denunciará? —preguntó Mario a una sonriente Elena.

Curiosamente, la violenta reacción de Mario al golpear sin piedad el rostro de Jorge provocó en Elena una divertida mueca, aunque esta pronto desapareció al ver el río de sangre que surgía de su nariz. Ahora, mientras esperaban en la puerta de las Urgencias del hospital, adonde habían trasladado al herido, una sonrisa comprensiva volvió al rostro de Elena al ver cómo Mario lamentaba su comportamiento.

—Hablaré con él —respondió—, le convenceré para que no te denuncie. ¿Y a ti qué mosca te ha picado, Rocky Balboa?

—No lo sé, me ha salido de dentro, pensaba que iba a hacer algo contra ti.

—Está bien. Gracias por defenderme, Mario, pero la próxima vez déjame a mí.

—Te vi tan sobrepasada por la situación...

—Lo sé, y lo estaba, es cierto. Pero vamos, qué manera de ayudar, hijo mío —sonrió amistosamente a Mario—. Voy a ver cómo sigue.

Elena entró a las Urgencias y se asomó a la amplia sala de espera. Allí, en un rincón y con la cabeza echada hacia atrás, estaba Jorge. Se acercó a él despacio, pensando qué diría a aquel hombre que de repente había trastornado tanto su vida. No era justo que hubiera reaparecido así, pero Elena sintió un hilo de compasión cuando él la miró y sonrió con torpeza.

—Hola —dijo él, mientras sujetaba el vendaje que cubría su nariz—. Debo tener un aspecto horrible.

—Sí —respondió Elena sentándose a su lado—, estás horrible.

—Tu amigo pega fuerte.

—Te aseguro que está muy arrepentido, lo siente mucho. No lo denunciarás, ¿verdad?

—No —Jorge suspiró—, ya tengo bastante con un puñetazo tuyo. No me arriesgaré a recibir otro. Ni me gustaría que tú me denunciaras por acoso.

Elena lo observó con atención. Su aspecto era el de un hombre derrotado y humillado.

—Lo siento —dijo Jorge—, no quería que pasara nada de esto.

—¿Nada de qué? —respondió Elena—. ¿Nada de lo que ha pasado esta noche o nada de lo que pasó hace meses?

—Nada de todo lo que ha pasado. Sé que me equivoqué contigo, Elena, no sabes cuánto me arrepiento. Y me arrepiento de haber ido esta noche a tu casa y provocar todo esto.

—¿Por qué has vuelto? —Elena chasqueó la lengua, molesta—. Y además, prometido con otra. No piensas ninguna consecuencia de tus actos.

—Lo siento. No sabía qué sentía de verdad hasta que te he visto de nuevo esta tarde.

—¿En serio? ¿Después de casi un año, no sabías qué sentías por mí? Jorge, ¿cómo crees que se sentirá tu novia si supiera todo esto? Estáis a punto de casaros... Y yo, ¿cómo crees que me siento yo? ¿Cómo debo sentirme?

Jorge se incorporó y cogió a Elena de las manos. Al sentir de nuevo el tacto de su piel, tan lejano hasta entonces, los recuerdos oprimidos afloraron y una confusa sensación de bienestar se apoderó de ella.

—Pienso en Bea —respondió Jorge— y se me cae el alma a los pies, ella no se merece esto, pero no puedo hacer otra cosa, no puedo mentirme más. Te echo de menos, te he echado de menos todo este tiempo, te lo aseguro.

Elena guardó silencio durante unos segundos y trató de enfocar la conversación. No tenía sentido volver atrás.

—¿Es verdad que has roto tu compromiso? —preguntó—. ¿Ya no hay boda?

Jorge se revolvió en su asiento.

—No exactamente —respondió, incómodo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Bueno, ella no sabe quién eres y tampoco sabe nada de esto...

—Así que tu novia no sabe que estás aquí, con tu ex prometida, a la que, según tú, echas de menos, ¿no?

Jorge no respondió. Se limitó a un gesto de cabeza que podría tener múltiples traducciones, unas más creíbles que otras. Elena se levantó.

—Avísala —dijo, tajante— y que venga a recogerte.

Caminó sin prisa hasta la salida de las Urgencias. No miró atrás, ni pensó demasiado en lo que estaba sucediendo. Simplemente dejó que sus piernas la guiaran hacia el exterior, donde Mario seguía esperando.

De repente, cuando comenzaba a sentir el aire fresco de la noche, algo iluminó su mente. Se giró y volvió sobre sus pasos. Jorge vio cómo Elena se acercaba a él y, de algún modo que ignoraba, notó en ella algo distinto.

—Dime una cosa — dijo Elena. Hizo una pausa mientras escrutaba a su exnovio. Éste, precavido, guardó silencio y esperó a que ella continuara hablando—. ¿Cómo te sentiste cuando tú y yo rompimos nuestro compromiso? Cuando cancelamos la boda.

—¿Cómo me sentí? —Jorge dudó un momento—. Bueno, no me sentí bien, claro... —Y añadió—: me equivoqué al hacer lo que hice. Lo siento mucho, Elena.

Aunque parecía una disculpa sincera, Elena no le dio ni el más escaso beneficio de la duda.

—Lo que pasa es lo siguiente, Jorge: tú te vas a casar con una chica encantadora y muy rica que va a salvarnos la empresa. Lo nuestro quedó atrás. Me he prometido que así será, que no volveré a llorar por ti ni a dedicar un solo minuto de mi pensamiento a lo que sucedió. Mi vida ahora es muy distinta, y eso es algo que te debo a ti. Así que no metas la pata, como hiciste conmigo, y haz las cosas bien.

Se giró dispuesta a marcharse sin despedirse, pero de nuevo se detuvo y, ante la mirada desconcertada de Jorge, volvió a hablar:

—La boda, ¿quién la paga? —preguntó.

—Mi suegro —contestó Jorge con un mal disimulado gesto de molestia.

—Sería una pena que tu suegro pagara una boda que no se celebre, ¿verdad? —Elena hizo una pausa. De repente se sentía fuerte, sintiendo cómo aquel rincón donde se escondían sus recuerdos más dolorosos se vaciaba por completo—. Jorge, vas a casarte con esa chica, vuestra boda será preciosa y tú colaborarás para que ese día sea muy especial para ella. Si no lo haces, si decidieras por cualquier motivo suspender la boda, demostrarás ante ella, ante su familia y sus amigos, lo que yo ya sé: que eres un cobarde. Porque eso es lo que eres, un cobarde y un inmaduro que se comporta como un adolescente. No te atrevas a hacer a esa mujer lo que me hiciste a mí. Ella sufriría como yo lo he hecho por ti y, créeme, no se lo merece. Además —hizo una dramática pausa de un par de segundos y trató de endurecer su mirada—, mi empresa no

cobraría lo que habéis contratado por nuestros servicios, lo que a mí personalmente me cabrearía mucho. Así que hazme un favor —se acercó aún más a Jorge, dispuesta a que escuchara cada una de sus palabras con una claridad meridiana—: cástate con ella y hazla feliz, esfuérate cada día por hacerla feliz, o te aseguro que yo misma te arruinaré la vida.

Jorge no respondió. Ante lo inesperado de aquellas palabras, se limitó a asentir y a observar cómo Elena, aquella irreconocible mujer, se alejaba de él con paso firme.

Tras reflexionar durante unos minutos, cogió su teléfono, marcó un número y esperó a que alguien respondiera al otro lado de la línea:

—Cariño —dijo—, no te lo vas a creer. Estoy en el hospital. Al bajar unas escaleras... Mi nariz... Digamos que no saldré muy guapo en las fotos de nuestra boda.

Mario no tuvo tiempo de hablar. Cuando vio a Elena saliendo por la puerta principal de las Urgencias hospitalarias, se acercó a ella y trató de preguntar cómo estaba el herido. Pero Elena no permitió que pronunciara una sola palabra. Lo atrapó de su chaqueta y lo besó con voracidad. Al liberar a su presa, Jorge mostraba un rostro de asombro.

—Vaya... —pudo decir.

—Ni una palabra —lo cortó Elena—. Vamos a tu coche, lo haremos ahí mismo.

El paso inevitable de las semanas fue testigo de cómo los preparativos del enlace entre los novios iban tomando forma. Un sabroso adelanto por parte del padre de la novia permitió que la economía de la empresa pudiera respirar y, con ella, Elena, Ruth y Carmela. Mientras ésta última reorganizaba la página *web* al completo y daba un nuevo aire a la imagen *online*, Ruth se ensañaba con los proveedores y servicios que debían atender las muchas y variadas peticiones de la delicada novia (sabiamente. el novio decidió mantenerse al margen de los preparativos y permanecer en una más que discreta sombra). Elena, por su parte, aceptó la sugerencia de sus compañeras y amigas y se distanció de todo. Convino con Carmela en que podía dedicar un tiempo a escribir artículos para el *blog*, tiempo que aprovechó además para dar forma a una novela que rondaba su cabeza desde hacía años y que, tal vez, se lanzara a escribir.

Tras la conversación mantenida con Jorge en el hospital, Elena sintió que una fortaleza nueva la recomponía desde dentro. Quizá su estima, tan abandonada durante demasiado tiempo, había decidido retomar las riendas de su existencia y, cuan corcel indomable en una verde pradera, se mostraba poderosa y libre, capaz de correr y saltar por los bellos pastos de la vida sin ser detenida por nada.

Por lo demás, su relación con Mario prosperaba. Llegaron al acuerdo tácito de seguir disfrutando juntos del sexo manteniendo cada uno su propia independencia. Lograron, contra todo pronóstico, forjar una amistad peculiar, dadas las circunstancias, que les permitía algunos momentos de confianzas y confidencias dentro y fuera de la cama.

En general, la balanza de su armonía vital parecía equilibrarse. Quizá, pensó en algún momento, aquello podía ser un simple espejismo que tarde o temprano desaparecería de su vista, pero en todo caso lo disfrutaría, durara lo

que durara.

Y mientras procuraba deleitarse cada día con esa ilusión, fuese real o no, Elena ocupaba sus días con la escritura de artículos, bocetos de una novela romántica, largos paseos y películas más o menos lacrimógenas que llenaban sus horas y su mente. Descubrió que las comedias románticas podían ofrecer distintas versiones del amor y que éste, como emoción absurdamente ilógica que era, podía ser interpretado de diferentes formas, aunque sospechaba que ninguna de ellas era la correcta.

Desde *Sucedió una noche* hasta *Tienes un email*, el amor se mostraba como el frío ser caprichoso que Elena creía que era. *Madame Bovary* o *Jane Austen*, lejos de poder ser comparados con sus homólogos cinematográficos, ofrecían no obstante la misma visión literaria del asunto. Así, Elena concluyó una vez más que el amor era estúpido, pero ineludible.

Una tarde, mientras veía *El diario de Bridget Jones* por enésima vez y reflexionaba acerca de lo idiota que se vuelve un ser humano enamorado de otro ser humano, recibió una llamada.

—Hola, Elena, ¿cómo estás? —respondió una voz que le resultaba familiar.

—Diego... Hola, cuánto tiempo.

Sí, había pasado bastante tiempo. Tres o cuatro meses más tarde de aquel inesperado beso en las alturas de Madrid, el principal implicado asomaba de nuevo su rostro. En más de una ocasión, Elena había pensado en aquel beso y las consecuencias que podía tener en su futuro más próximo, pero a la vista de la ausencia de Diego, que parecía haberse esfumado, olvidó el asunto y a su responsable.

—Sí, han pasado unos meses, ¿verdad? —dijo Diego—. Quería saber cómo estás y todo eso.

—Bueno, bien. ¿Y tú?

—Bien, bien —se hizo el silencio al otro lado de la línea—. El caso es que quería verte. ¿Qué te parece si nos tomamos algo y charlamos?

Elena dudó antes de responder.

—Lo siento, Diego, ahora mismo no estoy en mi mejor momento —mintió.

Mentía, y no sabía por qué, pero sí sabía que no sentía ni el más mínimo deseo de iniciar algo parecido a una relación, lo que sospechaba que Diego pretendía. Quizá por eso mintió, aunque se preguntaba qué necesidad había de hacerlo. ¿Por qué no decir la verdad?

—En realidad —admitió—, lo que pasa es que no quiero nada con nadie... No sé si me entiendes...

—Claro, claro, por supuesto —de nuevo un silencio—. Lo entiendo... Tal vez no fuera buena idea que pasara tanto tiempo... Bueno, si alguna vez quieres...

—Sí, claro, un día de estos.

Elena esperó, Diego, al otro lado, también esperó y durante unos segundos ambos mantuvieron la espera.

Finalmente, Diego volvió a hablar:

—No me arriesgaré a no poder decirte algo, aunque no sé si estoy haciendo lo correcto —hizo una pausa. Elena sopesó todo lo que podía decirse que merecía ser dicho y esperó a que Diego continuara—: creo que estoy enamorado de ti.

15

—Y va el tío y me dice que está enamorado de mí. ¿Vosotras os creéis?

—Ah, *l'amour*... —dijo Ruth con una mordaz sonrisa.

—Qué *amour* ni qué leches —dijo Carmela—. Deja a la niña, que se nos extravía.

Paseaban por el inmenso y profusamente floreado jardín de la villa que los novios habían escogido para celebrar su boda. A menos de veinticuatro horas para el gran día y como responsables de la organización, las tres decidieron supervisar todos los preparativos.

Revisaron ornamentos florales, centros de mesa y luces, la distribución de las mesas y el *buffet* de bebidas del cóctel posterior a la ceremonia. En un alarde de autoridad, Ruth ordenó que se modificara la posición del escenario donde tocaría la banda de *jazz*, alegando que el fondo no era lo suficientemente atractivo, y lo ubicó junto a la mesa de canapés, que hizo mover unos metros hacia el acceso a la carpa. Los trabajadores de la villa, siempre dispuestos, obedecieron mientras Carmela y Elena se limitaban a observar a Ruth, que no parecía plenamente satisfecha.

—Ahora las mesas altas ahí —señalaba—, sí, ahí, muy bien... Gracias... ¿Y tú qué le dijiste al pobre muchacho enamorado?

—Le pregunté que si estaba seguro de lo que decía.

—Pobre chico —dijo Carmela—, ¿cómo se te ocurre decirle algo así?

—Es que no sé, ¿qué le digo? ¿Que vale, que muy bien, que me parece perfecto que se haya enamorado de mí? Si nos hemos visto una vez en los últimos catorce años...

—Y te besó —añadió Ruth.

—Eso no cuenta —se defendió Elena.

—Quiero ese camino despejado, ahí va la alfombra...

—Porque tú lo digas, claro que cuenta —continuó Carmela—. Por lo que

sé, ni lo rechazaste ni te disgustó que te besara.

—Me dejé llevar por el momento, simplemente.

—Ya. Y él, ¿qué respondió a eso?

—Que sí, que estaba seguro de lo que decía.

A través de un camino empedrado accedieron a la carpa. Las sillas ya estaban dispuestas, perfectamente alineadas a ambos lados del pasillo central, que terminaba en el atrio bajo el cual los novios se desposarían.

Ruth se detuvo en seco.

—Las flores —dijo en un susurro—, no están.

Carmela y Elena miraron en la dirección en que los dos aterrados ojos de Ruth miraban, y pudieron ver el atrio esquelético y despojado de las flores que deberían darle un aspecto mucho más sano.

—¿Dónde coño están las flores? —gritó.

Varios de los trabajadores de la villa que estaban en las cercanías se giraron mientras Ruth salía disparada de la carpa con una agilidad sorprendente.

—Bueno —dijo Carmela, aún admirada por la intrépida carrera de su amiga—, ¿qué vas a hacer con el tal Diego?

—¿Hacer? Nada. ¿Qué se supone que debo hacer? Si casi no lo conozco.

—Os acostasteis juntos.

—Hace años.

—Es un comienzo.

Ruth reapareció con un rostro muy poco amistoso.

—Los de la floristería dicen que el idiota del repartidor ha tenido un accidente con la furgoneta y las flores siguen en la puñetera floristería... ¿Y ahora qué? ¿Qué coño hago yo con ese atrio de mierda sin una puñetera flor?

—Respira, cariño —sugirió Carmela—, voy yo a buscarlas.

—No, tú no, que vas pisando huevos —Ruth entregó las llaves de su coche a Elena—. Te quiero aquí en una hora. O menos. ¡Corre!

Afortunadamente, la carretera estaba bastante despejada a esa hora de la tarde. A cualquier otra hora del día, el atasco sería tan colosal que el plazo otorgado por Ruth resultaría imposible de cumplir. Así que Elena conducía tranquila pero decidida y pronto se vio zambullida en el menos propicio tráfico de la M—30.

Al cabo de unos minutos aparcaba en doble fila ante el colorido escaparate

de la floristería. Con las prisas no vio a la mujer que quería salir del local al mismo tiempo que Elena entraba. De repente, Elena y la desconocida mujer se vieron envueltas en una lluvia de pétalos que caían del cielo.

—¡Joder, qué bruta! —escuchó que decía la mujer, que sujetaba ahora una variada selección de tallos despojados todos ellos de sus flores—. ¿Es que no me has visto?

—Lo siento —se disculpó Elena—, no te he visto...

—Ya, eso ya lo sé.

La mujer, de unos veintipocos años, la miraba furiosa.

—Perdóname, de verdad, yo te lo pago —dijo Elena. Y dirigiéndose a la mujer que estaba tras el mostrador—: Por favor, dele otro igual...

—Se te da genial destrozar ilusiones, ¿lo sabías?

Elena giró el rostro y se encontró con el de Diego, que sonreía y parecía divertido con la escena que estaba presenciando.

—Que sepas —continuó— que esto me ha dolido más que tu indiferencia brutal ante mi declaración de amor. Un ramo tan bonito...

—Oh... Mierda —respondió Elena.

Las probabilidades de volver a encontrarse con Diego eran mínimas. Las probabilidades de que ese nuevo encuentro fuese accidentado y supusiese además un reembolso económico debido a su torpeza eran aún menores. Así, pues, no era extraño que su mente se quedara en blanco.

—Laura —dijo Diego señalando a Elena—, ella es la chica de la que te hablé.

—¿Tu ex? —preguntó la joven, que aún sostenía el marchito ramo entre las manos—. No me gusta para ti.

—No es mi ex. Y sé buena, anda.

—Lo soy, pero no me gusta para ti.

Elena se mantuvo al margen de esta conversación mientras trataba de reordenar sus ideas. De repente recordó para qué estaba allí.

—Perdonad —interrumpió—, pero tengo un poco de prisa... Bueno, ya lo habéis notado... Es un tema de trabajo... —Se dirigió a la florista—. Venía a recoger las rosas que teníamos encargadas —y añadió—: y un ramo de flores exactamente igual al que he destrozado, por favor.

Mientras esperaba, decidió que la mejor opción en semejante situación era mirar al frente y no decir nada. Notaba la presencia tras ella de Diego y de aquella mujer, que sin duda aún la estaría mirando con cara de pocos amigos.

—Eliges fatal a las tías —decía la mujer—, me recuerda a una ex tuya. ¿Cómo se llamaba? ¿La tonta que quería parecerse a una Barbie?

—¿Marta? Si era un cielo de chica... —la defendió Diego.

—Era idiota, la pobre. Se parece a ésta...

—No se parece en nada. Marta tenía peor culo, fijate bien.

—Perdonad —Elena se giró y miró directamente a Laura—. Que te haya destrozado el ramo de flores no te da permiso para ponerme verde en mi puñetera cara. Así que, por favor, cállate un poquito... Y tú —miró a Diego—, ya te vale, ¿no?

—¿Ya me vale? ¿Por qué? Si me has partido el corazón...

La sonrisa de medio lado que mostraba Diego hizo que Elena se sintiera atacada.

—Vete a la mierda, anda —dijo del modo más penetrante posible.

Se giró de nuevo y miró fijamente la pared al otro lado del mostrador.

—Aquí tienes tu ramo —oyó que decían tras ella—. Ten cuidado al salir, no sea que te lo vuelvan a destrozarse.

No se le escapó el tono irónico de aquellas palabras, pero Elena aguantó estoicamente sin decir nada. Estaba allí por una cuestión laboral. Más tarde, quizá, arreglaría las cosas con Diego. ¿Qué significaba eso de hablar de su culo como si ella no estuviera presente?

—Gracias. Vamos, Diego.

—Por cierto, Elena —dijo Diego—, te presento a mi hermana. Laura, la mujer de la que estoy enamorado.

Elena escuchó cómo la puerta se abría y, a continuación, se cerraba. ¿La mujer de la que estoy enamorado? Sí, esas fueron las palabras exactas, todas ellas conformando una frase con un significado perfectamente claro.

—Hay cosas que no entiendo en esta vida —decía la florista, que ahora guardaba en unas cajas varias docenas de rosas—. Unas tanto y no lo valoran. Y las demás nos tenemos que quedar con las migajas.

Elena se mordió la lengua. Quería salir de allí cuanto antes. Un claxon sonó ruidosamente en el exterior del local. Diego saludó sonriente desde su taxi, bloqueado por el coche de Elena.

—Dios da pañuelo a quien no tiene mocos —sentenció la florista.

16

—Es irónico —decía Mario—. Le rompo la nariz a tu ex, el mismo tío que a ti te rompió el corazón, y estamos en su boda. Invitados. No lo entiendo.

—Técnicamente no somos invitados —aclaró Elena—. Yo formo parte de la organización de la boda, así que en realidad estoy trabajando.

—¿Yo también estoy trabajando?

—No, tú disfruta. Comida y bebida gratis. Paga el padre de la novia.

Era el día perfecto para la celebración del amor. Sin un calor excesivo y el cielo azul adornado por unas esponjosas nubes blancas, los numerosos invitados paseaban por los jardines de la villa bebiendo y conversando a la espera del momento estelar en que los novios pronunciaran el tierno *sí, quiero*.

Elena y Mario bebían de sus copas de vino junto a la entrada de la carpa, en cuyo fondo lucía, ahora sí, un atrio profusamente regado de rosas blancas y rojas. Mientras, Ruth, que había relegado a sus compañeras de cualquier función o tarea organizativa, iba de un lado a otro supervisando cada detalle.

Carmela y Juan, que también se habían apuntado al evento, se reencontraron con Elena y Mario tras pasar un rato desaparecidos por los varios recovecos del jardín.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó Elena.

—No seas inocente, cariño —respondió Carmela con una sonrisa.

—Hermoso jardín —añadió Juan. Y arrancó dos copas de vino de una bandeja que pasaba por allí. Le ofreció una a su amada—: para mi dulce mujercita. Mario, me alegra ver que eres un tipo normal y corriente que hace feliz a nuestra Elenita. Nos temíamos lo peor.

Un delicado tintineo de campanas (idea original de Ruth) salvó a Mario de una respuesta comprometida. La señal anunciaba a los invitados que debían dirigirse a la carpa y sentarse en los asientos para ser testigos del momento

crucial del día.

—Por fin te librarás del puñetero Jorge —dijo Carmela a Elena mientras se dirigían hacia el interior—. Ahora el problema será de otra.

—Y no imaginas lo mucho que esa idea me tranquiliza.

El ánimo de Elena había sido excelente desde la mañana. Se sentía liberada, como había dicho su amiga. Ahora que Jorge estaba a unos minutos de casarse con otra mujer, el problema recaería oficialmente sobre esa mujer. Elena actuaría discretamente en un segundo plano como ex ya olvidada y ausente. Por otro lado, la empresa marcharía bien con la inyección de dinero que suponía aquella boda, Mario cubriría sobradamente las necesidades vitales (y sexuales) que ella necesitaba en ese momento y había tomado la determinación de olvidar el incidente con Diego en la floristería. Sin duda, Elena estaba disfrutando de una gran etapa en su vida y tenía la esperanza de que aquello continuara.

Una vez que todos los invitados hubieron tomado asiento y el novio estaba preparado, Ruth hizo una señal y comenzó a sonar la celeberrima *Marcha nupcial*. Segundos más tarde, con los asistentes en pie y expectantes, la novia asomó con su blanco vestido.

—Parece un merengue —susurró Carmela a Elena.

La novia caminó entre los asistentes y, sonriente, miraba a uno y otro lado en busca de rostros amigos. Junto al atrio, el novio mostraba cierta aflicción en su mirada (y una ligera hinchazón en la nariz), pero supo mantener la compostura y saludó con un casto beso en la mejilla a su futura esposa.

Entonces se hizo el silencio. Unos minutos más tarde, cuando el oficiante hacía la más importante de las preguntas, los novios pronunciaron el tan esperado *sí, quiero* y una ovación de aplausos y buenos deseos los acompañó en su primer beso como marido y mujer.

A medida que la tarde caía y el ambiente se refrescaba, los novios parecían perder la tirantez que el gran día merecía y se relajaban entre los invitados. Incluso Jorge se atrevió a hacer alguna broma cuando la pareja se acercó al pequeño grupo formado por Elena, Carmela, Mario y Juan, broma que Carmela recibió con un gruñido y Elena, con una mueca de resignación. Aquel hombre nunca cambiaría. Beatriz, chispeante y feliz, se deshizo en elogios a las organizadoras y regaló sendos abrazos a las presentes.

—Qué pareja tan bonita —dijo Mario desde su ignorancia.

—Un encanto, la novia —afirmó Juan desde su insensatez.

La noche arrojó los jardines y a sus ocupantes y un cielo estrellado saludó a los recién casados. Mientras la banda de *jazz* amenizaba el ambiente y entretenía con ritmos de conocidas melodías, Carmela se llevó a Juan hacia algún rincón apartado, dejando solos a Elena y a Mario.

—Está siendo una boda muy bonita, ¿verdad? —dijo éste—. Aunque he visto al novio muy tenso en todo momento...

—Sí, todo muy bonito —respondió Elena, acercándose a la barra y pidiendo otra copa de vino.

—Elena, me gustaría hablar contigo de algo. Sí —se dirigió al camarero—, yo también quiero un vino, gracias.

Ya servidos, caminaron en torno al amplio jardín y se sentaron bajo el cobijo de una iluminada mimosa.

—Cuéntame.

—Verás —comenzó Mario—, he conocido a alguien... Es una cliente del local, una amiga... Quería hablar contigo antes de hacer nada, es lo más justo, creo.

—¿Una amiga? —preguntó Elena—. ¿O una *amiga*?

— Sólo somos amigos, por ahora. Espero.

—Entiendo —Mario mostraba un rostro casi apenado y Elena supo por qué—. Dime, ¿te gusta esa mujer?

—Sí, lo cierto es que me gusta mucho.

—¿Y por qué me cuentas esto?

—Porque es lo justo, no quiero engañarte ni hacerte daño, no te mereces eso.

—Gracias por contármelo. Entonces, ¿quieres intentar algo con ella? ¿Sabe ella lo que sientes?

Mario empezó a contar su historia. Elena descubrió que no sentía celos y que, en el fondo de su corazón, deseaba que aquel hombre tuviera la enorme fortuna de ser correspondido por esa mujer de la que tan bien hablaba. Y mientras hablaba, su rostro parecía iluminarse con una esperanza que Elena echaba de menos en su vida. Si él parecía tan feliz hablando de ella, ¿cómo estaría si pudiera abrazarla y besarla? Interferir en esa ilusión, se dijo Elena, sería indigno y cruel.

—¿Se lo has dicho? —Mario negó con un gesto—. ¿Y a qué esperas, idiota? Hazlo, invítala a cenar y bésala. Lo estás deseando, no pierdas más

tiempo.

—¿Y tú?

Elena sonrió. Estaba plenamente convencida de su respuesta:

—Yo estaré bien. Te lo prometo.

Apenas una hora más tarde, Mario emprendía el viaje de regreso a Madrid. Se abrazaron con la promesa de seguir siendo amigos y él se marchó.

Mientras caminaba por el jardín entre personas que celebraban el amor, Elena se sentía bien y compartía, en cierta manera, la felicidad de todos. Notaba algo extraño. Ahora que parecía haber perdido a Mario por una noble causa, estaba sola y, sin embargo, no tenía miedo. Pero algo parecía fallar. ¿Era amor o desamor? ¿Los celos estaban totalmente descartados? ¿Tal vez fuese hambre?

Aunque se había acostumbrado a ver a Mario con los ojos de quien visita una carnicería, siempre supo que había mucho y muy valioso oculto tras ese físico portentoso y una sexualidad digna de reconocimiento público. Era un buen hombre. Por supuesto, creía que ella era merecedora de un hombre así, pero no se sorprendió (ni se indignó) al saber que ese otro Mario podía enamorarse de una mujer, aunque esa mujer fuese otra.

Así pues, descartado el amor, el desamor, los celos y el hambre, Elena optó por la neutralidad y pidió otra copa de vino. Observando el cielo estrellado, sintió que su espíritu renacía, pleno, vivo y brillante. Levantó su copa hacia la blanca luna y brindó con la esperanza de un mundo repleto de muchos y muy buenos empotradores.

Eran cerca de las tres de la mañana cuando Carmela y Juan dejaban a Elena en su casa. Tras despedirse de sus amigos, Elena subió a su piso, se dio una ducha rápida y se puso ropa más cómoda. Agradeció arrojar lejos los tacones y caminar descalza sobre el suelo. No tenía sueño, así que pensó que podría ver algo de televisión o una película. Cuando se sentó en el sofá y puso los pies sobre la mesa, empezó a escuchar una melodía, un rasgueo de guitarra que muy pronto reconoció. Durante un brevísimo instante, su mente se trasladó lejos, años atrás, cuando el peso de la vida era mucho más liviano y un poco reconocible optimismo parecía dirigir sus pasos. El volumen de la guitarra ascendió, surgió una voz y Elena supo que aquella música no brotaba de su cabeza, sino de la calle, unos metros por debajo de ella.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Para entonces, la voz de Eddie Vedder ya entonaba los primeros versos de *Black* y Elena pudo ver que un taxi estaba aparcado junto al portal, aún con las luces encendidas y las ventanillas bajadas. El volumen de la canción no era acorde a aquellas horas de descanso, así que muy pronto se empezaron a escuchar gritos y una variedad de insultos que provenían de distintas ventanas en los edificios de alrededor.

—No te habré despertado, ¿verdad? —gritó Diego desde la calle, sonriente e ignorando las quejas que estaba recibiendo por su indudable buen gusto musical.

Elena analizó la imagen durante unos segundos. A las tres de la mañana, Diego había aparcado su coche bajo su ventana y, con la música a todo volumen, pretendía llamar su atención. Lo había conseguido, ciertamente, y también la de los vecinos.

Con gestos que pretendían decir “apaga eso y espera ahí abajo”, Elena se retiró de la ventana y, calzándose unas deportivas, salió de su piso.

Cuando pisó la calle, Eddie Vedder aún anunciaba que “ella me dio todo lo

que llevaba”, lamentándose a continuación por sus “manos amargas y encolerizadas bajo las nubes”, siempre a un volumen considerable.

—¡Por Dios —gritó Elena—, quita la música o los vecinos nos matarán!

Diego obedeció y volvió el silencio de la noche. Justo en ese instante un vecino gritó que si volvía a hacer algo así llamaría a la policía, a lo que Diego respondió con un “ups”.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Elena—. ¿Y este espectáculo?

—Lo siento —respondió Diego—, pero quería verte. Y quería que fuese bonito.

—¿A ti esto te parece bonito? ¿Pearl Jam a todo volumen?

Como única respuesta, Diego levantó los hombros y sonrió.

—Vamos, sube —le apremió Elena—. Que bastante escándalo has armado ya.

Al refugio del hogar y alejados de las miradas inquisitivas de los vecinos, Diego trató de explicarse:

—Sé que todo esto es muy extraño —dijo—, pero tengo buenos motivos para hacerlo.

—¿Tienes buenos motivos para despertar a mis vecinos a las tres de la mañana? —preguntó Elena.

—No, para eso no, pero sí para venir a esta hora a tu casa y ponerte esa canción.

¿Por qué esa canción? Elena trató de recordar. En su mente aparecían imágenes borrosas de una época en la que ambos eran más jóvenes. Veía una habitación llena de personas, las voces que crecían por encima de la música, de canciones lejanas y casi olvidadas, alojadas en el subconsciente y dispuestas a renacer bajo el influjo adecuado. Aquella canción, la voz de Eddie Vedder, los versos que inevitablemente se alojaron en su interior.

Sé que serás una estrella en el cielo de otra persona.

Elena vio su propia imagen, la de aquella mujer joven y feliz, porque en aquel momento, en el preciso instante que dibujaba su mente, lo era aunque no lo supiera. Era feliz bajo aquella canción y atrapada por los brazos de un hombre. Diego, uno más joven, la miraba con los ojos del hombre que ve por primera vez a una mujer y quiere atrapar su belleza para no olvidarla nunca. Durante varios minutos, más de lo que duraba aquella canción, ambos se habían mirado, habían tratado de robarse el uno al otro, hasta que se besaron.

Y ese beso dio comienzo a todo.

—Esa noche nos conocimos —recordó Diego—. Han pasado muchos años, pero para mí ocurrió ayer.

Elena quería saber más sobre aquellos grupos, sobre las canciones que habían llegado a tocar una parte desconocida de su alma. Y Diego habló, hablaron durante horas y entendieron juntos lo que unas pocas palabras podían expresar envueltas en música.

Al amanecer seguían juntos. Habían hecho el amor con ternura y allí, al amparo de unas paredes desconocidas que siempre guardarían ese recuerdo, se besaron de nuevo. Él la llevó a casa y se despidieron con la promesa de volver a verse, de volver a besarse. Pero pasaron los días y la vida los alejó.

—Lo sé, han pasado muchos años —Diego cogió sus manos—. ¿Lo recuerdas?

Elena asintió.

—Casi lo había olvidado —respondió. Sonreía y sentía algo diferente en su interior—. Pero ahora...

—Ahora —la interrumpió Diego— quiero volver a besarte. ¿Sabes por qué te dije que estaba enamorado de ti? Porque es cierto, estoy enamorado de ti. No lo supe cuando volví a verte, pero sí cuando te besé en la azotea. No podría explicarlo, pero en aquel momento tuve la necesidad de hacerlo, y luego entendí por qué. Porque siempre he estado enamorado de ti, desde que te conocí e hicimos el amor.

—Desde aquella noche —respondió Elena— han pasado muchos años. ¿Por qué no me has buscado? ¿Por qué no me dijiste nada entonces?

Diego movió la cabeza.

—Porque no lo sabía —dijo—, o no era consciente de lo que podía sentir por ti —hizo una pausa—. En realidad —continuó—, eso no es así. Sí sabía lo que sentía por ti.

Sacó de su bolsillo un trozo de papel arrugado.

—Esto lo encontré hace unas semanas. Es una carta, o algo parecido a una carta que te escribí.

—¿A mí?

—No llegué a enviártela, claro, pero la escribí con esa intención. Por aquel entonces yo no era un tío muy lanzado con las chicas.

—¿Qué dice la carta?

—Me moriría de la vergüenza si tuviera que leértela, así que toma. Léela

tú misma. Y perdona la redacción, tenía diecinueve años.

Elena desdobló el papel y comenzó a leer:

He comenzado esta carta varias veces y aún no sé muy bien qué decir. Quiero que sepas tantas cosas, pero soy demasiado torpe, las palabras se me amontonan y no logro ponerlas en el orden adecuado.

No tengo ninguna seguridad, ninguna certeza, y sin embargo sé que aquí dentro, en mi interior, hay una convicción, como si supiera el orden correcto de todo. Como si, de repente, algo en mí hubiera cambiado para permitirme alcanzar el equilibrio perfecto.

Supongo que todo empezó contigo, cuando te miré por primera vez. Supongo que todo continuó cuando te besé por primera vez, cuando no lograba soltarte. Mis manos querían tocarte, apretarte contra mí para no dejarte marchar, y mis labios sólo querían besarte como si no existieran otros labios.

No recuerdo ni cuánto tiempo he estado contigo. Sólo sé que cada segundo a tu lado, esta noche, ha sido como una vida entera junto a ti. Quiero guardar todo eso en mi mente, dejar que crezca cada día un poquito más y así, sólo así, guardarte para siempre dentro de mi corazón.

Porque aquí te llevaré. Porque mi corazón será tu corazón, y cada latido será un paso más que me acerque a ti.

Elena levantó la vista. Sus ojos se habían humedecido y Diego limpió sus mejillas mientras hablaba:

—Cuando apareciste de repente en mi taxi no me lo creí. Pensé que la vida quería hacerme ese favor que hace años me quitó: volver a verte y hablar contigo. No sabes la de veces que me he lamentado por la broma que te gasté, y por no tener el valor de decirte, cuando te dejé aquí, que me moría de ganas de tener una cita contigo. Pero tu amiga Carmela me llamó y me dijo que querías tomar algo conmigo, y vi mi oportunidad. Por eso te besé.

Ahora las lágrimas caían libres desde los ojos de Elena.

—Escribes de pena, ¿sabes? —y agitó el trozo de papel ante sí.

—Lo sé —respondió Diego sonriendo.

Secó sus lágrimas y levantó su rostro para que pudieran mirarse.

—No te pido —continuó— que seamos novios, o que nos casemos, porque sé que quizá no es el mejor momento para ti y lo respetaré. Esperaré el tiempo

que necesites. Sólo te pido que me dejes quererte un poco cada día, aunque tú no me quieras, aunque no te enamores de mí. Déjame tener al menos algo de esperanza. Y, si tú quieres, invitarte una noche a cenar, o al cine para ver una película o a dar un paseo por el Retiro. Pero, al menos, déjame tener ese poquito de esperanza que me haga creer que tal vez un día tú también me ames.

De repente, Elena recordó un instante, cuando desnudos uno junto al otro, él la besaba y susurraba unas palabras a su boca:

—No quiero perderte —le escuchó decir.

La corriente de la vida hizo que ambos se perdieran durante años, convertidos en una reminiscencia que con el tiempo desaparecería para siempre. Una noche que jamás debieron olvidar se transformó en polvo que voló y escapó en el torbellino de vivencias, de momentos que inevitablemente transformaron sus días y eliminaron cualquier recuerdo.

Elena sonrió.

—No quiero perderte nunca más —dijo Diego.

—No lo harás—respondió Elena.

Y estaba segura de que nunca más se perderían.